



SS

SERVICIO
SECRETO

JOE MOGAR

BUITRES DE CHICAGO

BUITRES DE CHICAGO

JOE MOGAR

BUITRES DE CHICAGO

1.^a EDICIÓN
ENERO - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 16.168 - 1961

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© JOE MOGAR - 1962

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962**

N. R. 5833/61

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

629 — Ráfagas de muerte. 687 — Raza condenada. 723 — El hombre de Los Angeles.

En Colección BUFALO:

328 — Atraco en Wiley. 348 — Plomo bajo la piel. 393 — Alias "Pistol Kendall".

En Colección SERVICIO SECRETO:

578 — Requiem por mi esposa. 589 — La muñeca rubia. 592 — ¡Pórtate bien, querida!

En Colección CALIFORNIA:

147 — El hombre que compró Cheyenne. 187 — Un rancho en apuros. 275 — La dama del puma.

En Colección TEXAS:

206 — La ruta de Santa Fe. 226 — El diablo a caballo. 245 — El sustituto del muerto.

En Colección KANSAS:

107 — ...Y el pistolero volvió. 146 — El que a hierro mata...

En Colección BRAVO OESTE:

35 — Viento del Sur. 39 — Dos tumbas en Cheyenne.

BUITRES de CHICAGO

por **JOE MOGAR**



CAPÍTULO PRIMERO

Sentía asco del hombre que la estaba besando. De ella misma, y de todo lo malo que representaba Tim O'Connor.

Pero Nora Latimer no podía decir ni hacer nada al respecto, ya que más grande era su miedo que el asco que pudiera sentir por el *gángster*.

Y por esto mismo, estaba correspondiendo a la caricia como si le agradara, con los ojos cerrados y los senos palpitando descompasadamente, aturdiendo al hombre con el calor de su cuerpo y su perfume.

Tim sólo sabía que la tenía entre sus brazos, que ella estaba enamorada de él. Pero la realidad era muy otra. Nora le estaba besando, sí, pero con el pensamiento puesto en otro hombre, al cual conoció hacia algún tiempo, y que no había parado mientes en ella, y no por miedo a O'Connor precisamente.

Nora era morena, de grandes y rasgados ojos negros, alta y un tanto llenita de carnes. La frente despejada, nariz recta y fina, boca de labios rojos y carnosos, senos altos y prietos, estrecha la cintura y las piernas largas, y, según la opinión de O'Connor, no tenían parangón posible con las que conocía y él había visto muchas en su vida.

Estaban en el apartamento de ella, aunque decirlo con esta propiedad no es del todo exacto, ya que en el *living* estaba reunida el resto de la banda a la que pertenecían por igual. Se pedía decir que aquél era el cuartel general de la misma.

Había en la habitación un desarreglo extraordinario que hablaba muy poco en favor de la hermosa mujer, de no más de veinticuatro años. Fuera de ella, en el *living*, en el resto del apartamento, la cosa era aún peor. Olía mal, y no por la presencia de los *gángsters*, claro.

Al fin O'Connor la soltó, y los senos de Nora acusaron aún más

el impacto del aire cuando éste entró en sus pulmones, casi a presión.

Se miraron unos segundos en silencio, y al fin ella se arregló un poco la atrevida *negligée*.

Después se arregló la costura de las medias. Mirándoselas, exclamó:

—Ahí fuera te están esperando, Tim.

El *gángster* ya lo sabía, pero a él le importaba más estar al lado de la muchacha. Se acercó nuevamente, pero Nora retrocedió.

O'Connor frunció el ceño. Luego miró en torno, y volvió a la muletilla de siempre, cada vez que ella, por una causa u otra, se mostraba reacia a sus caricias.

—Deberías arreglar esta habitación un poco, Nora. Está que da asco. Lo mismo que el resto del aparcamiento.

Los senos de ella volvieron, a acusar su agitada respiración.

—Escucha, Tim —dijo con voz fría—. Si Ricks o alguno de tus amigotes desea una criada, que la busque. Esto va para ti también. Bastante tengo con aguantar cosas que no me gustan.

O'Connor dio un paso hacia ella, y ahora Nora no retrocedió, sino que levantó la voluntariosa barbilla con gesto desafiante.

—¿Qué tratas de darme a entender, Nora? —preguntó.

Ella echó la cabeza atrás mostrando su blanco cuello de cisne, y la sin par dentadura al soltar la carcajada, que se quebró dos segundos después cuando O'Connor la enlazó por la cintura y la besó.

Nora se separó de él casi violentamente, para continuar riendo al ver su cara.

—¿Celoso? —preguntó.

O'Connor tenía las venas del cuello hinchadas, y Nora sintió algo de temor al pensar que, tal vez, con su sencilla broma, había llevado las cosas demasiado lejos.

—Sabes que te mataría si hubiese otro hombre, ricura —replicó mascando las palabras—. Te mataría a pesar del viejo.

El viejo era Joel Ricks, el jefe supremo de la banda. Esto lo sabía Nora, ya que estaba emparentada con él.

—No creo que lo hagas nunca, querido —replicó con una sonrisa—. No habrá necesidad de ello. Y ahora, sal.

Dio media vuelta y se alejó al extremo de la habitación.

O'Connor clavó los ojos en el contoneo de sus caderas. Luego dio media vuelta y atravesó el umbral.

Por eso no se dio cuenta, cuando ella se volvió a mirarle, del relumbro de odio que había en sus ojos.

Después, Nora cerró la puerta y se desvistió por completo, para, acto seguido, vestirse rápidamente con traje de calle, y no porque tuviera que ir a algún sitio, sino porque quería estar presente durante la conversación que se iba a celebrar en el *living*.

Una sencilla y escotada blusa, que ponía de manifiesto lo orgullosa que podía sentirse de sus senos, y una corta falda, dos dedos por encima de las perfectas rodillas, amén de las medias de nylon y los zapatos de alto tacón, fue todo lo que se puso sobre el cuerpo, lleno de cadenciosas y excitantes curvas.

Nora abandonó la habitación y salió al *living*. Parte de la banda estaba reunida en él. En primer lugar, y en sitio preferente, Joel Ricks, gordo como un tonel, patizambo, sucio hasta más no poder, hediondo, con la manchada camisa cubierta de ceniza de los cigarrillos, su rostro de luna llena, en el cual brillaban dos ojos demasiado pequeños, y su abultado vientre donde tenía puestas las manos, mientras miraba uno por uno a los demás.

Fred McNamara era el segundo. Extremadamente delgado, rubio, y de ojos grises. Vestía bastante bien, y lo mismo que los otros, en contraste con el ambiente del apartamento, iba limpio.

El tercero era Harry Gilbert. Moreno, ojos pardos, muy alto, y de cuerpo poderoso. Después venía Tim O'Connor, de aspecto un tanto patibulario, ojos grises, y de cuerpo tanto o más poderoso que el mismo Gilbert.

Y finalmente, Don Forrester. Éste era bajito, medio calvo, de ojos azules y porte un tanto elegante.

Los cinco estaban silenciosos, con los ojos fijos en la figura grasienta de Ricks. Nora avanzó hacia uno de los sucios y deteriorados sillones, se dejó caer en él, y levantó una pierna para colocarla en el acto encima de la otra.

Algunos ojos relucieron, y otros continuaron fijos en Ricks. Nora dejó escapar una imperceptible sonrisa cuando O'Connor la miró con el ceño fruncido. Pero no bajó la pierna ni hizo nada para arreglarse la falda. ¡Allá con sus celos!

Sin embargo, no pudo dejar de pensar que algún día iba a tener

un disgusto con él.

Nora miró ahora a Ricks, que le sonreía, y se dijo que mientras él viviera, Tim O'Connor y otros muchos como él, no se atreverían a hacerle ningún daño. De todos era sabido que el viejo la quería como una hija.

Nora abandonó sus pensamientos para romper el silencio con una pregunta:

—¿Dónde están Noel y Ted, Joel?

El hermoso y fantástico vientre de Ricks se estremeció de hilaridad.

—Han ido a buscar a esa persona que tanto nos interesa, querida.

—Entonces... —Nora vaciló hasta lograr que su voz sonara firme, y entonces añadió—: ¿Va a venir?

—Claro. Eso estamos esperando.

Nora fue a replicar, pero O'Connor se adelantó con una opinión. McNamara dio la respuesta y la conversación se generalizó, versando en torno al hombre que iba a ser conducido allí, al parecer, de buena voluntad.

O'Connor, mientras respondía de vez en cuando, miraba el vaivén que ella le estaba imprimiendo al zapato, y a algo más, claro, pero no por eso perdía el hilo de la conversación, cosa que le hubiera ocurrido a cualquier otro.

Las opiniones de Tim O'Connor diferían bastante de las de Ricks y los otros, tal vez porque siempre sintió odio a todo lo que no comprendía, y Duff Gale siempre había sido un enigma para él.

Él no podía saber de dónde había sacado su educación, su inteligencia, su elegancia en el vestir y, sobre todo, no le perdonaba el no haber podido averiguar ni de dónde era, ni a qué se había dedicado anteriormente al día en que cayó en el seno de la banda.

CAPÍTULO II

El automóvil, un «Studebaker» de ocho plazas, estaba aparcado allí a pocas yardas del lúgubre edificio. Esto no lo sabía el hombre que en aquel momento era conducido por una pareja de policías armados de metralletas, a presencia del director de la prisión.

Frente a la puerta del despacho de éste se detuvieron, y uno de los policías entró.

Duff Gale miró al otro mientras en su bien dibujada boca aparecía una tenue sonrisa.

Gale era alto y atlético. Bajo la liviana chaquetilla de la prisión, y en los brazos, se adivinaban los músculos y tendones duros como el acero. Su estatura rebasaba los seis pies y cinco pulgadas. Moreno, de ensortijado pelo negro. Ojos color avellana, fríos, sin piedad, cuando otras veces habían sido risueños y alegres.

Tenía la nariz aguileña, de firme trazo, la boca algo grande, de labios finos y rojos, y el mentón cuadrado, aunque un tanto partido por el centro.

Seguía sonriendo cuando el policía apareció de nuevo por la puerta.

—Puedes pasar, quinientos uno —dijo, sin pizca de afecto en la voz.

Gale entró solo, para enfrentarse con el hombre que interiormente regía el destino de la prisión.

No saludó de palabra, pero se quitó la gorra de presidiario, y miró al hombre de cabello blanco que había sentado al otro lado de la mesa, y que a su vez clavaba sus ojos fríos y grises en él.

En su actitud no había respeto ni servilismo. Tampoco se podía decir que fuera jactancia. Gale, simplemente, esperaba algo que ya sabía de antemano. Y a pesar de saberlo, su sonrisa había desaparecido ahora de su boca.

—Sabe para qué le he llamado, ¿verdad, míster Gale?

Sintió deseos de reír. Ahora ya no era sólo un número, el 501. Ahora era de nuevo «míster Gale». Un hombre como otro cualquiera de los muchos millones que pululaban por los Estados de la Unión.

Asintió con un mudo gesto de cabeza, y esperó de nuevo a que el director de la prisión tomara la palabra, lo que no tardó en suceder.

—Es usted libre de ir a donde quiera a partir de este momento.

Siguió un silencio, que se hizo tenso, ya que Gale no se movía ni decía nada. Se limitaba a mirar a Mike Davison, con los ojos fríos como el hielo.

Al fin después de tres minutos, se decidió a contestar:

—Sí, eso creo. ¿Cuándo puedo irme?

Hubo otro silencio, pero ahora fue de unos segundos. Y lo rompió Mike Davison:

—Dentro de pocos minutos, míster Gale. Los que tarde en darle un consejo a usted, como hago con todos los que pasan por aquí: No estoy seguro de no verle de nuevo, cosa que sentiré. Usted vino aquí a cumplir una condena de cinco años, por robo. A esto debo añadir que fue también por encubrir a sus cómplices. La policía aún no ha podido encontrar el botín. Sé que están en la creencia que usted sabe dónde se halla escondido, o, en su defecto, dónde está la madriguera de esa gente. Mi consejo es que lo diga, que no sea, por deseos de venganza, el que quiera intervenir, obstaculizando la labor de la policía. Esto, dado sus antecedentes, puede volverle de nuevo aquí. ¿Tiene algo que añadir a lo que declaró durante su jui...?

—Nada —interrumpió Gale, secamente—. Nada dije, y nada diré. He cumplido mi parte con la sociedad, y, según nuestras leyes no me pueden volver a juzgar por el mismo delito. Por tanto...

—¿Qué trata de insinuar, míster Gale? —interrumpió el director de la prisión.

—Nada aún. Pero en el caso de que yo supiera dónde está ese diamante, no lo diría. Y fíjese bien: ¡Tampoco lo quiero para mí, ni para nadie! Tengo los suficientes dólares para no necesitarlo. Por otra parte, tampoco deseo que la policía se vanaglorie con el descubrimiento de su escondite, así como tampoco quiero que mis antiguos compañeros den con él. —Quedó unos momentos pensativo y agregó en voz baja, como hablando consigo mismo—: El caso es que no mentí en mi declaración. No sé, no logro recordar

qué diablos hice con él.

Gale calló, mirando de frente al director de la prisión. Mike Davison le sostuvo la mirada y luego replicó:

—Todo eso me parece bien, míster Gale. Pero estoy seguro de una cosa: Ninguno de sus antiguos compañeros creará la verdad de su cambio de fortuna. Por tanto, lo más lógico es que piensen que usted lo tenía escondido, y que ha logrado venderlo sin contar con ellos. Me temo que se vea de nuevo en un lío. Que le hagan la vida imposible.

Gale se encogió de hombros pensando que era lo mismo que iba a hacer él, sólo que a la inversa. Ricks y sus secuaces se iban a acordar de aquellos cuatro años, ya que por su buena conducta le habían rebajado la condena.

—Puede que lleve razón —fue lo que dijo—. Pero le advierto que estaré prevenido.

Mike Davison movió la cabeza con gesto dubitativo.

—Entonces, míster Gale, ¿no tiene ni la más remota idea del lugar dónde está ese diamante, del lugar donde se esconden sus antiguos amigos?

Gale amagó mía sonrisa, ya que de lo segundo sabía bastante. En cuanto al diamante robado, sólo podía decir una cosa, y la dijo.

—Un diamante de cien quilates, valorado en doscientos cincuenta mil dólares. Mucho dinero. Tanto como para tentar a cualquiera. No, no sé dónde está, no sé qué hice de él, después o antes que ocurriera todo. No lo sé —repitió—, aunque de saberlo tampoco lo diría. ¿Puedo irme ya?

Por toda respuesta, Davison señaló la puerta, mientras le tendía un papel firmado y sellado. Gale lo tomó, sabiendo que era la orden de libertad, de su libertad.

Cuando dos horas más tarde salió por la puerta trasera de la prisión, miró con ojos entornados todo lo que había alrededor. Luego aspiró a pleno pulmón, y entonces empezó a andar, con el pensamiento puesto en el primer taxi que pasara, en su apartamento, y en mujeres. Sobre todo esto último. Cuatro años sin ellas, era mucho tiempo, y más para él.

Mientras caminaba, iba pensando en algunas. ¿Qué dirían ahora, y más sabiendo que era un expresidiario?

Gale no se preocupó mucho de esto. Ahora tenía bastantes

dólares en su cuenta corriente, y esto siempre ha sido y será un acicate para toda mujer.

Bajó del bordillo frente a un semáforo y empezó a atravesar la calle, con el pensamiento puesto en Nora Latimer y en Tim O'Connor. Nora no había sido nunca plato de su gusto, pero él entendía bastante de mujeres para saber que él le gustaba a ella, modestia aparte.

Gale sonrió al pensar en lo que diría aquel mastodonte de O'Connor si él le hacía la rosca a Nora. Y su sonrisa se quebró en seco cuando a su espalda oyó una voz hartó conocida:

—Me alegro de verte de nuevo. Duff. Los chicos y el jefe te están esperando para darte la bienvenida. Hay *whisky*, champaña, y tal vez alguna que otra chica. Ted Nolan está esperando frente al volante para llevarte.

Gale se volvió lentamente, y sus ojos nunca fueron más fríos que cuando se encaró a Noel Croock.

—Habéis hecho mal en venir a buscarme, Noel —dijo secamente—. Sé andar sólo por Chicago, y no espero perderme. Puedes decirle al viejo que se guarde la fiesta para él, que a mí no me hace falta.

Croock achicó los ojos.

—Vamos, Duff, no seas rencoroso. El viejo nada tiene que ver con lo sucedido entonces. Anda, ven. Nora se alegrará de verte de nuevo.

—La chica es cosa de Tim —replicó, más secamente aún.

—De acuerdo, pero no puedes hacernos eso. El viejo guarda tu parte de aquel asunto, y de otros muchos más. Hemos dado algunos golpes de provecho y todos esos dólares te están esperando.

Gale sonrió ahora.

—Mira, Noel —dijo a punto de perder la paciencia—. No pienso ir. Métete eso bajo el sombrero y ahueca el ala. Dile al viejo que cuando quiera verle ya me presentaré yo. En cuanto a mi parte, podéis hacer con ella lo que os venga en gana. No la necesito. ¿Está claro? —Miró en torno y reparó en la presencia de un policía uniformado—. Será mejor que te largues, Nolan —añadió—. Hazlo, o llamaré a aquel «poli» y le contaré lo que pretendes de mí. Puede que le interese saber que eres uno de los miembros de la banda que robó el diamante en casa de los Martinelli.

Nolan soltó una imprecación, le lanzó una mirada venenosa, y

dijo:

—Está bien, Duff. Le daré el recado al viejo. Pero ten cuidado. Mucho cuidado. Debes saber que con Ricks no se juega.

—Demasiado bien lo sé. Ahora, lo que quiero averiguar es quién fue el cochino soplón que delató aquel robo. Puedes decírselo también al viejo.

Y antes que Nolan empezara a alejarse, Gale giró sobre sí mismo y fue en dirección a dónde se encontraba el policía, respirando satisfecho, con la conciencia tranquila ahora, porque ningún representante de la Ley podía meterse con él.

Nolan le estuvo mirando unos segundos; luego dio media vuelta, alcanzó el «Studebaker», subió a él, y unos segundos después se perdía entre el intenso tráfico camino de Van Buren Street.

CAPÍTULO III

¡Cuatro años! Hacía cuatro años que no veía aquella calle. Que no subía en aquel ascensor, y cuatro años también que no entraba en su apartamento en Sheridan Road.

Gale lo imaginaba llano de polvo, mal oliente, los muebles carcomidos por la polilla, y otras cuantas cosas más. Dejó el ascensor, tiró hacia la derecha del pasillo mientras rebuscaba en sus bolsillos, hasta dar con la llave, y finalmente se detuvo frente a la puerta A.

La abrió, empujándola fuertemente hacia adentro, atravesó el umbral, cerró, y fue entonces cuando le llegó el tenue perfume femenino.

Gale aspiró varias veces antes de estar seguro de que sus sentidos no le gastaban una mala pasada. Entonces muy lentamente, se acercó a la cerrada puerta del «*living*» mientras miraba en torno, dándose cuenta de que todo estaba limpio y pulido, exactamente como si nunca hubiera faltado de allí.

Vanamente intentó, por medio del olfato reconocer el perfume, antes de decidirse a abrir aquella puerta. En vista de que no lo conseguía, la empujó.

La muchacha estaba allí, casi tendida en el sofá vistiendo una liviana blusa, casi transparente, y pantalones cortos. Sus maravillosas piernas, desnudas por completo, descansaban sobre los cojines. Gale respiró fuerte debido a la impresión ante aquélla sin par anatomía, y entonces ella volvió el rostro para mirarle.

Nada cambió en su aspecto, por lo que Gale dedujo que le estaba esperando. Avanzó sonriente mientras la muchacha se levantaba tendiéndole ambas manos, que él se apresuró a tomar entre las suyas.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —preguntó mirándola de pies a cabeza; por lo que se sintió nerviosa mientras que él se daba

cuenta que la sangre empezaba a circularle más deprisa por las venas.

Vine a este apartamento poco después que tú... que tú te fuiste, Duff.

Gale no contestó. La seguía mirando, olvidado de todas las otras.

Porque la verdad era que Dora Ostrow no había cambiado en nada, a no ser para aumentar aún más su innata hermosura.

Era rubia platino, sin teñir; sus ojos, grandes y rasgados, intensamente azules; la nariz, completamente griega, y la boca, fresca y jugosa como una fruta madura.

Los senos parecían querer hacer estallar la blusa mientras que por la cintura parecía quebrarse como algo muy frágil. En cuanto a las piernas, Gale no quiso prestar mucha atención. No miró tampoco. Con una vez había tenido bastante.

—¡Diablos! —masculló entre dientes, después de su examen—. ¡Eres tú misma, Dora!

Ella, consciente de la admiración del hombre asintió con la cabeza.

—Sí, Duff —replicó riendo—. Soy la misma Dora. Tengo veintiún años. Mido uno sesenta y ocho. Noventa y cinco centímetros de busto y ochenta de cadera. Como ves —y giró sobre sí misma—, no estoy del todo mal.

No lo estaba, Gale lo sabía muy bien, pero no lo dijo, sino que continuó observándola.

Ella sonreía ahora con los ojos y la boca, mirándole le frente, muy cerca, rozándole, mientras su perfume aturdía a Gale, el cual notaba que su pulso se aceleraba más y más.

Alargó los brazos y la prendió por los hombros. Dora avanzó otro paso, y levantó el rostro con la roja boca entreabierta.

Pero Gale no la besó. Tenía miedo a hacerlo. Por tanto, se limitó a preguntar:

—A todo esto, aún no me has dicho qué haces aquí. ¿Qué es ello?

Dora rió suavemente:

—Alguien tenía que cuidar este apartamento, ¿no? Por otra parte, los tiempos son malos. Viviendo aquí, me ahorra el alquiler del mío.

—¿Estás sin trabajo?

—¡Nada de eso, querido! Los que entran y salen todas las noches del «Búho» siguen admirando mis piernas.

—Cualquiera las admiraría, ricura —replicó Gale y preguntándose, como otras veces, por qué una criatura tan excepcional como aquélla, trabajaba como simple encargada del guardarropa del club nocturno «El Búho».

—¡Duff! —exclamó admirada por las palabras de él—. ¡Eso no me lo habías dicho nunca! ¡Cualquiera al oírte diría que te gusto!

—Y sería verdad...

—Lo que no creo —atajó ella acercándose más, cosa que parecía completamente imposible—. ¡Si aún no has intentado darme un beso!

Gale sonrió levemente, consciente del peligro que había para los dos.

—No, es cierto —dijo a pesar de sus propios pensamientos—. Lo que no quita que te lo de ahora.

Dora no replicó. ¿Para qué? Se limitó a levantar aún más la cabeza para mirarle.

Gale siguió sonriendo y se inclinó. Ella se quedó quieta unos segundos.

Cuando la soltó, Dora le sostuvo la mirada. Luego inicio una pícara sonrisa y dijo:

—Es el mejor beso que he recibido en mucho tiempo, querido. Estoy tentada de pedirte otro.

Gale, olvidado de todo, se dispuso a complacerla, pero ella retrocedió riendo.

—No, ahora no —dijo—. Después, y cuando salgamos de aquí. Supongo que me invitarás a cenar, ¿no? Tengo la noche libre, querido. Ahora espérame, que voy a ducharme.

Sin más se alejó, dejándole solo. Gale necesitaba algo fuerte después de aquello. Por tanto, buscó en el interior del mueble-bar, y segundos más tarde él mismo se preparaba un «Manhattan» doble.

Bebió más de la mitad de un solo trago. Luego chascó la lengua, pero no era por el «Manhattan» ni mucho menos, sino por el sonido que hacía el agua en la ducha.

Estaba sentado en el sofá, pensando en que Dora no había dicho el verdadero motivo de su presencia en el apartamento, cuando ella apareció.

Se sentó al lado de él y extendió sus pies descalzos. Luego le miró, diciendo:

—Prepárame algo fuerte, querido. Me está haciendo falta.

Gale se levantó sin decir palabra, deseoso ahora de poner cierta distancia entre él y ella. Din un par de pasos hacia el mueble-bar, y entonces Dora exclamó:

—¿No me preguntas por qué me hace falta?

Gale se volvió a mirarla. Dora tenía una extraña luz en los ojos. Sin poderlo evitar, y en contra de sus propios sentimientos, se acercó.

Dora dijo mimosamente.

—Dame de beber, querido.

La besó en la comisura de la boca antes de entregarle la bebida, y preguntó cuándo Dora se la llevó a los labios:

—¿Por qué todo esto, Dora? Si mal no recuerdo, nunca me dirigiste una sonrisa, al menos como mujer. ¿A qué ese cambio?

Ella rió tenuemente.

—Misterios del corazón femenino —dijo—. Aunque también pudiera ser que repentinamente he descubierto que estoy enamorada de ti —se arregló el desalmo del albornoz y añadió—: Sobre todo ahora. A cualquier mujer le encantaría poder casarse con un tipo como tú, que acaba de heredar más de tres cuartos de millón, y en dólares.

Aquello podía tener una buena porte de verdad, o ninguna. Esto lo pensó Gale, mientras se decía que fuera lo que fuese, el matrimonio no entraba en sus cálculos por el momento. Tenía otras cosas que hacer, y de modo inaplazable.

Cosas que ahora, y después de aquello, empezaba a recordar. Cosas como el nombre de Nora Latimer y de Tim O'Connor.

Vio cómo Dora se levantaba luego de depositar el vaso en la mesita. Después ella le encaró, preguntando:

—¿Me invitas a cenar?

Gale lo pensó un segundo.

—Sí. ¿Por qué no?

Y ella, sin preocuparse de cómo quedaba el albornoz, y del brillo súbito que apareció en los ojos de Gale, dio media vuelta y se alejó al dormitorio.

Media hora más tarde, vistiendo de calle, se le colgó del brazo.

Al llegar a la puerta del «*living*» se detuvo. Gale la miró. Dora tenía el rostro levantado hacia él, y la boca entreabierta en una muda invitación.

—Quedamos en que me besarías antes de salir. Pero no seas bruto, querido.

Una hora más tarde, en la cual Dora se tuvo que arreglar de nuevo, ambos abandonaron el apartamento y acto seguido tomaron un taxi. Este arranco suavemente, y ella preguntó, con la cabeza reclinada contra el respaldo del asiento:

—¿A dónde has dicho que nos lleven?

—Al «Cristal», en la Avenida Michigan.

—Nunca he estado allí —replicó la muchacha.

Gale tampoco. Pero ahora tenía poderosos motivos para ir, aunque se los guardó para él.

Ninguno de los dos habló en todo el trayecto, sumido; cada cual en sus propios pensamientos.

Ya en el interior, sentados a la mesa que Gale reservó por teléfono, mirando las parejas que bailaban en la encerada pista, el joven aventuró en voz baja:

—Tendremos que buscar un alojamiento para ti, dulzura.

Dora le miró como si le viera por primera vez.

—Nada de eso, querido —dijo con absoluta tranquilidad—. Por nada del mundo abandono yo el apartamento, después de cuidarle cerca de tres años.

Gale la miró sin replicar, y luego volvió los ojos a la sala. Dora inició una sonrisa, y después se dedicó también a mirar la pista, de la cual iban desapareciendo las parejas.

Intuyendo que iba a empezar el espectáculo, Dora preguntó:

—¿Quién actúa hoy? ¿Es alguna conocida?

Gale lo sabía, por eso estaba allí, pero se lo calló, limitándose a encogerse de hombros.

La pista estaba vacía, la música empezaba a tocar. Pasaron dos o tres minutos, y al fin apareció aquella explosiva beldad, de carnes prietas y largas y maravillosas piernas, enfundadas en negras medias caladas.

Gale contuvo el aliento al verla, pensando que en aquellos cuatro años, Nora Latimer había cambiado muy poco, como no fuera para hacerse más interesante y más provocativa.

Y se admiró aún más al ver la poca ropa que llevaba encima, si es que a aquello se le podía llamar así. Luego su cerebro empezó a trabajar a marchas forzadas mientras ella se movía en la pista lo mismo que un crótalo venenoso encandilando los ojos de los hombres.

Porque Gale sabía lo que Nora hacía allí, aparte de bailar, claro. Era con su maravillosa e incitante silueta, llena de no menos incitantes curvas, era un buen reclamo para los incautos, y un buen enlace para Ricks.

Gale estaba seguro de que más de un atraco de los efectuados por la pandilla, se debían a la información que les había dado Nora, la cual, y a despecho de lo que pudiera pensar Tim O'Connor, sabía entendérselas demasiado bien con la clientela, sin escatimar arrumacos y coqueterías de ninguna especie.

Él la conoció demasiado bien, para saber a qué atenerse con ella. Por eso siguió mirándola evolucionar por la pista, sintiendo deseos de poner en práctica el plan que se había trazado de antemano, una vez comprobado que ella seguía actuando allí, y aunque para ello tuviera que disgustar a Dora, la cual tampoco estaba mal, con su maravillosa anatomía de escultura griega... y algo más.

CAPÍTULO IV

Nora abandonó la pista entre una nube de aplausos, y Gale volvió el rostro para mirar a la silenciosa Dora. Y se sorprendió al darse cuenta de que ésta le estaba mirando a su vez.

—Es muy hermosa, ¿verdad?

Gale intentó por todos los medios a su alcance captar el verdadero significado de la pregunta, sin poder conseguirlo por el momento.

—Si —dijo con marcada indiferencia—. No está mal, pero las he visto mejores.

—¡Uuuh!

Era una exclamación que no decía nada, o que quería decir mucho. Por tanto, Gale agregó:

—Tú, por ejemplo, dulzura.

Ella hizo una mueca burlona en el instante que se cercaba uno de los camareros, llevando una bandeja en la mano. Gale vio la blanca tarjeta mucho antes que éste llegara a la mesa. Y supo también, antes de leerla, lo que decía, y lo que se esperaba de él.

No se equivocó en ninguna de las dos cosas, cuando la tomó entre los dedos, después de darle una propina al camarero, que le hizo parpadear de asombro.

Bajo los ojos sagaces de Dora la leyó. Luego volvió los ojos hacia ella, como esperando una pregunta, dictada por la natural curiosidad femenina. Y ésta llegó, pero de una forma completamente inesperada para él.

—Es de ella, ¿verdad?

—¿De ella?

—Sí, de esa bailarina. ¿Qué tiene que ver contigo, Duff? Y... lo que es peor, es que va bastante ligerita de ropa —hizo una pausa, guiñó un ojo picarescamente y comentó—: Lo mismo que yo cuando estoy en el «Búho», querido. ¿No era eso lo que ibas a contestar? Di;

¿qué tiene que ver contigo?

Gale se encogió de hombros pensando en mandarlas al cuerno, pero a las dos, aunque a Nora Latimer necesitaba verla a pesar de O'Connor.

—Nada, ricura —replicó después que sus pensamientos le dejaron hacerlo—. Absolutamente nada, aunque me pide que vaya a verla a su camerino.

El rostro de Dora no expresó lo que estaba pensando. Y esto era que se había comportado como una estúpida al caer en los brazos de Gale, cuando había de por medio una mujer tan hermosa como Nora Latimer.

Se levantó, y Gale, extrañado, la imitó mirándola.

—¿Te marchas? —preguntó—. Aún no hemos cenado...

—Perdí el apetito, querido —replicó—. Por tanto, me voy a dormir.

—Escucha, Dora —atajó Gale—. No es lo que te crees, aunque tampoco estoy obligado a darte explicaciones. Pero una vez lo voy a hacer. Deberías saber de qué se trata. Creo que la última vez, una de las pocas que salimos juntos, desapareció un diamante. ¿Be —cuerdas cómo, dónde y cuándo? Pues bien, yo no logré recordar que hice con él, dónde lo escondí en tan pocos y contados segundos. ¿Recuerdas tú? Descríbame esto y me harás un favor. Esa mujer, Nora Latimer, cree, como todos los que componen mi antigua pandilla, que yo sé dónde está.

Se miraron en silencio durante unos segundos.

—Aun así me voy —replicó ella tercamente—. De esto, del diamante, hablaremos mañana. Que te diviertas con esa beldad. Pero ten cuidado, querido. Me hace el efecto de una pantera afilando las uñas. Ten cuidado de no ser tú la presa.

Dio media vuelta, y los ojos de Gale se clavaron con insistencia en sus magníficas piernas cuando se alejó.

Después, con la pequeña cartulina en la mano, buscó al camarero que se la entregara. Éste le condujo a la escalera, mientras le explicaba el emplazamiento exacto del camerino de Nora Latimer.

Gale no se entretuvo en llamar a la puerta, se limitó a empujarla y entrar. Casi al instante se dio cuenta que Dora tenía razón al calificarla de pantera.

Verdaderamente, y a juicio de Gale, Nora tenía este aspecto, recostada en el sofá, con absoluta dejadez, y aún más ligera de ropa que cuando estaba en la pista.

—Pasa, Duff —dijo alargándole una mano.

Gale dejó resbalar la mirada por su cuerpo y al fin decidió mirarle a la cara, que era lo menos peligroso. Se acercó.

—Me alegro que hayas vuelto, Duff —añadió ella—. Siéntate a mi lado. Pero antes, si quieres beber algo, o encontrarás en aquel armario —terminó con el brazo extendido en aquella dirección.

Gale no hizo caso de la invitación. La miraba, aunque procurando no hacerlo muy fijamente, por si acaso, y no por O'Connor precisamente.

—Dame un cigarrillo, ¿quieres?

Nora ahuecó los cojines del sofá y se tendió en él, aun con más dejadez de la que ya tenía anteriormente. Gale le ofreció uno después de encenderlo, y, cuando ella se lo llevó a la boca, preguntó:

—Bien, Nora. Ya me tienes aquí. ¿Qué quieres? ¿Acaso el diamante? Pues dile al viejo Riele que...

Ella le atajó con un gesto y una sonrisa que le hizo pensar, olvidado por completo de Dora y de todo lo que ella había representado para él, en el transcurso de muy contadas horas.

Nada me importa el diamante ni lo que piense Ricks, al menos en este momento, Duff. Te llamé porque tenía deseos de verte después de tanto tiempo. Si no me crees, peor para ti. ¿Te sientas?

Gale dudó unos segundos, pero luego lo hizo: o pensando que era mejor así. El seguirle el juego a ella era parte de su plan. Hacía mucho tiempo que la conocía, y creía saber algo de los verdaderos sentimientos que la animaban hacia él, aunque en aquel momento tuviera sus dudas.

Apenas lo hubo hecho, Nora le cogió una de las manos.

—No has cambiado mucho en estos años, Duff —dijo.

—Tú tampoco, querida. Como no sea para volverte aún más hermosa.

Poco se conoce, Duff, a juzgar por tu actitud.

Gale rió un tanto secamente.

Los mimos los puedes guardar para O'Connor, ¿no, ricura?

Tim es un cerdo que me da asco. Y deberías saberlo, Duff.

—Sin embargo, estás con él, ¿no?

—Sí, porque tengo miedo. Es... odioso, un asesino. Sé que no vacilaría en matarme si yo llegara a traicionarle —y Duff se preguntó cuántas veces lo habría hecho ya, para servir los designios de Ricks—. Pero escucha una cosa, querido: Dame una esperanza, y se irá al cuerno. Aunque sea mintiéndome, hazlo.

—¿También Ricks?

—Sí; también él, aunque es mi padrino. Estoy harta de todo esto, Duff y mucho más desde que me di cuenta que estaba enamorada de ti. No me da vergüenza confesarlo, ya que ésta la dejé atrás hace mucho tiempo. ¿Qué respondes?

Y se levantó, sentándose junto a él. Gale vaciló al mirarla, y eso que no lo hizo a las piernas. Ella notó esta vacilación y se dijo que era el momento preciso para no desperdiciar la ocasión.

Un rato después, el propio Gale deshizo el abrazo y a miró. El brillo de los ojos de Nora parecía verdadero. Si era así, no estaba representando un papel muy lúcido, y mucho menos estando de por medio Dora, y cualquiera sabía cuántas más, ya que ni él mismo recordaba.

Gale tuvo que pensar en aquellos cuatro años para serenarse con respecto a sus buenos sentimientos. Se levantó, y ella le imitó también. Después preguntó con voz entrecortada, mientras sus senos subían y bajaban, amenazando con hacer estallar la poca tela de la Musita que vestía:

—¿Te marchas?

—Sí. Es mejor.

Tengo aún media hora antes de volver a actuar, Duff. Quédate.

Gale denegó con la cabeza.

—He de hacer muchas cosas esta noche, cariño —dijo—. Pero nos veremos mañana.

Los ojos de Nora brillaron esperanzados.

—¿Dónde?

—Te avisaré con tiempo, muchacha.

Pero no dijo que la vería en su apartamento y en presencia de Ricks y del resto de la banda.

Seguido por ella, Gale alcanzó la puerta del camerino, se volvió, le lanzó un beso con la mano, y bajó a la sala de baile. Tal y como esperaba, Dora no estaba allí. Se encogió de hombros, hizo un gesto

al camarero, y se dispuso a pasar lo mejor posible el resto de la noche.

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente, Gale se movió aprisa por Chicago. Visitó a su notario, se hizo cargo de la herencia, compró un «Crysler» modelo 1960, consultó el listín telefónico, concertando una cita, en respuesta al anuncio de un periódico, buscó un hotel, alquiló un apartamento, después comió opíparamente y se acostó dejando el encargo de que le llamaran a las tres de la tarde.

Eran las tres y cuarto, cuando sorteaba el tráfico de las calles de Chicago, camino de Van Buren Street, donde Nora y aquella pandilla de *gángsters* tenía su sede.

Gale aparcó su «Crysler» en la acera opuesta, dejándolo bien visible, cruzó la calzada, y minutos más tarde pulsaba el botón del ascensor, correspondiente al noveno piso.

Debían haberle visto por una de la ventana, ya que le estaban esperando. Gale se reafirmó en esta idea cuando llamó a la puerta del apartamento, y en el umbral apareció O'Connor.

La sonrisa del «gángster» era cordial, pero Gale no se dejó engañar por ella.

—Hola, Tim —saludó, no obstante—. ¿Cómo te va?

O'Connor

le miró de pies a cabeza, hizo un gesto y replicó:

—Bien, aunque no tanto como a ti. Al parecer has prosperado mucho desde ayer que saliste de la cárcel. ¿Es tuyo ese automóvil?

Gale inició una sonrisa.

—Sí —replicó tranquilamente—. Lo compré esta mañana, y pagué al contado.

O'Connor

silbó por lo bajo, pero calló lo que pensaba, cosa que lo mismo daba, al menos para Gale, ya que éste lo sabía.

—Vienes a ver al viejo, ¿no?

—Claro. He de hablar con él.

O'Connor

se apartó de la puerta y Gale entró, yendo directamente al «*living*». Una simple ojeada le dio a entender que todos los miembros de la banda no estaban allí.

Simplemente Ricks, Ted Nolan, Noel Croock, Harry Gilbert, y por último el propio Tim O'Connor. Gale fijó sus ojos en la puerta del fondo, preguntándose si Nora estaría aún acostada. Luego se acercó al viejo, con los ojos clavados en su prominente abdomen, mientras el silencio reinante se convertía en algo amenazador.

—Hola, Ricks —dijo de pronto y cuando se detuvo a menos de una yarda de él—. No puedo decir que me guste verte de nuevo. Me dejaste en la estacada. Un bonito chivatazo que...

Se cortó en seco al ver cómo el vientre de Ricks subía y bajaba, aunque su rostro permanecía seno. Se estaba riendo de él. Esto lo pensó en un segundo, y al siguiente fue a decir algo, pero el «gángster» se anticipó a ello:

—Siéntate, hijo —dijo, y ahora sí que enseñó sus podridos dientes en una sonrisa que para todos era cordial, pero no— para Gale, que le conocía bien. —No hay nada de lo que crees. Mira, Gale: los muchachos y yo hemos dado unos cuantos golpes, aunque no tan productivos como en casa de Martinelli. El importe de todo lo tengo guardado, y ahora te lo daré. Los chicos están deseosos de saludarte, y contentos de tenerte de nuevo a nuestro lado.

Gale les miró uno por uno, y luego su sonrisa fue irónica.

—Me he dado cuenta al entrar —dijo—. Por el saludo tan expresivo que me han hecho —miró de nuevo a Ricks y dijo heladamente, mientras tomaba asiento—: No quiero esos dólares, Ricks. Tampoco pienso trabajar con vosotros. He heredado y no me hace falta nada.

El vientre de Joel Ricks acuso, como siempre, el impacto de su silenciosa risa.

—Bueno... bueno, Duff —dijo levantando una mano en tono conciliador—. A los chicos no les va a gustar eso, ¿sabes? Pueden creer que piensas hablar con la «bofia»... además del asunto pendiente que queda entre nosotros. Me refiero a ese diamante. ¿Qué hiciste con él?

Gale hizo un gesto de fastidio...

—Escúchame de una vez, Ricks —dijo—. No soy un chivato. Si hubiera querido, cuando me detuvieron, todos estaríais en chirona. Pero me callé. Esto me costó cuatro años entre rejas —les volvió a mirar a todos y añadió—: En cuanto al diamante, no sé dónde lo dejé. No recuerdo.

—¿Una laguna mental, Duff?

Se volvió para encarar a Croock.

—Cierra el pico, Croock, que contigo no estoy hablando. Este asunto lo tenemos que ventilar el viejo y yo.

Ricks rió de nuevo, mientras Gilbert jugueteaba con un puñal de resorte, con los ojos fijos en Gale.

—Pudiera ser que a nosotros también nos gustara discutirlo, Duff —dijo suavemente.

El asunto se caldeaba. Esto lo pensó Gale al volver la cabeza para mirarle, justo en el momento que Nora hacía su aparición, vestida solamente con la «negligée» de nylon, y un humeante y largo cigarrillo en la mano.

Contoneando diabólicamente sus caderas sé acercó a Gale, tendiéndole una mano.

—¡Duff! ¡Qué agradable sorpresa! —Y miró de soslayo a O'Connor, que había crispado el rostro—. Vuelves a estar con nosotros, ¿no? Me alegro, chico.

—No corras tanto, ricura. He venido a poner las cosas en su punto, pero, al parecer, los muchachos no me quieren creer. Se les ha metido en la cabeza que yo tengo ese dichoso diamante.

—¿Y no es así, querido? —preguntó Nora con su más deliciosa sonrisa.

—No, no logro acordarme dónde lo dejé cuando me detuvieron. Me es imposible.

—El chico sufre una laguna mental, Nora —replicó Croock.

Y se puso, en pie yendo hacia él. Gale se levantó sin decir palabra y le enfrentó, mientras Nora preguntaba, al parecer, con mucho interés:

—¿Es verdad, Duff?

No llegó a replicar, y tampoco a enfrentarse con Croock. Ricks levantó del sillón su sucia y pesada humanidad.

—Deja al chico, Croock —dijo—. ¿Por qué no puede decir la verdad? Si dice que no tiene el diamante... pues hay que creerlo,

¿no?

—¡Y un cuerno, Ricks! —estalló O'Connor poniéndose a su vez en pie—. ¿No ves cómo viste? ¿Y el automóvil que trae? ¿De dónde ha sacado esos dólares? ¡Al diablo con esa herencia! Es una pura mentira. Verás como yo...

O'Connor se llevó la mano a la funda de la axila, pero Ricks, con agilidad asombrosa, se desplazó rápidamente interponiéndose entre los dos.

—Nada de eso, O'Connor —dijo con extraña dulzura—. El chico ha venido en son de paz. A saludamos. Por tanto, se irá de aquí tranquilamente. Por otra parte, no quiero tiros en este lugar. Siéntate, O'Connor.

Gilbert seguía jugando con el puñal, O'Connor empezaba a retroceder con los dientes apretados. Nolan balanceaba una de sus piernas, sin decir nada, pero sin apartar los ojos de Gale. Croock tenía un cigarrillo en la mano, y le miraba atravesadamente. Nora, por su parte, tenía un extraño brillo en los ojos, y permanecía en pie, mirando alternativamente a todos los presentes.

Gale dejó transcurrir unos cuantos segundos y luego dio la réplica a la intervención de Ricks.

—Gracias —dijo—. Pero no debías meterte en esto, Ricks. Si O'Connor tiene gana de gresca, que siga. Él sabe que no le tengo miedo.

Le miró largamente y fue hacia la puerta. Nora le siguió unos segundos con los ojos, y entonces intervino Ricks.

—Acompáñale a la puerta, Nora —dijo ante el disgusto de O'Connor, que apretó aún más los labios—. No quiero que el chico diga que no le tratamos bien.

Nora miró a O'Connor, y luego hizo lo que le mandaba Ricks. Alcanzó a Gale junto a la puerta del apartamento y cuando éste iba a abrirla, se lo impidió colocando su mano encima del pestillo.

Gale la miró de pies a cabeza, mientras que por entre los transparentes pliegues de la «negligée» aparecía una maravillosa pierna.

—Duff —susurró—, ¿cuándo nos veremos?

Gale la miró ahora a los ojos.

—Cuando quieras, dulzura.

Nora miró hacia atrás, luego dio un paso adelante, y Gale la

tuvo en sus brazos un segundo después.

Sí, la estaba besando, acariciándola, y O'Connor *estaba* allí, en el «*living*», a pocas yardas y tenía una «Luger» en la funda sobaquera.

Hubiera sonreído, pero los labios de Nora, llenos de fuego y pasión, se lo impedían...

Al fin se separaron. Jadeando, ella replicó:

—Son las seis, Duff. A las ocho, en el «Niágara». ¿Sabes dónde está?

Gale lo sabía; por tanto, lo hizo constar, y tres minutos después estaba en la planta baja. Dos más y cruzó la calzada, abriendo acto seguido la portezuela del «Crysler». Como al desgaire miró hacia aquellas ventanas.

No vio a nadie dada la altura a que se encontraban, pero estaba seguro de que, detrás de los cristales, la pandilla en pleno le observaba.

Sorteando el intenso tráfico, Gale condujo hasta Grant Park, pensando que había tenido suerte en que aquel gimnasio estuviera abierto después de aquellos cuatro años, y mucho más, que Pat Morgan siguiera siendo el dueño.

Pat había sido, y aún era, un buen amigo suyo. Por tanto, puede que no le costara mucho trabajo ponerse de acuerdo con él.

Se detuvo frente al número 8004 y entró. Había algunos púgiles que se estaban entrenando, todos ellos gente joven y decidida, un par de maestros de judo, y dos hombres con tipo inconfundible de guardaespaldas.

Gale atravesó por entre ellos, yendo directamente al pequeño despacho que Pat Morgan tenía adosado a uno de los extremos del espacioso local. Antes de llegar le vio por la acristalada puerta. Por consiguiente, empujó, para darse de cara con una rubia y una pelirroja, ambas sentadas a otra mesa más pequeña, con sendas máquinas de escribir al frente.

Pasó sin mirarlas, recto a la figura potente y felina del hombre que ya se levantaba nada más verle entrar.

Sin que mediara palabra alguna, ambos se estrecharon las manos.

—¡Diablos, Duff! Me alegro de verte —y añadió, ahora perdiendo el acento jovial—: Vienes por lo del anuncio, ¿verdad?

Gale asintió con la cabeza.

—Sí —respondió—. Quiero comprarte el gimnasio. Es algo que me interesa.

Morgan le miró dubitativo durante unos cuantos minutos y luego preguntó:

—¿Qué diablos se está cociendo bajo tu sombrero, Duff?

—¿Crees que podré contratar a alguno de tus muchachos?

Morgan rió alegremente.

—Si —dijo—. Les agradará eso.

—Bien, ahora pasemos a la parte comercial, siempre y cuando tú te quedes aquí, a cargo de todo esto.

La transacción se llevó a cabo sin ninguna discusión. Una vez firmados los papeles, Gale preguntó en un susurro:

—Esas dos, ¿quiénes son?

Morgan miró a las mecanógrafas.

—Empleadas, Duff. Sentiría que, perdieran la colocación.

Gale las miró ahora francamente, y al punto pensó que valía la pena tenerlas con él. Sobre todo a la pelirroja, cuyas piernas veía por debajo de la mesita donde tenía la máquina de escribir.

Con pesar volvió el rostro hacia Morgan, que a su vez le observaba atentamente.

—Será mejor que bajes al gimnasio y reúnas a unos cuantos de esos muchachos —dijo—. Sobre todo que sean de confianza, y no le tengan miedo a un arma de negó.

—Oye, Duff...

—No te preocupes por el pellejo de esos muchachos, Morgan —atajó Gale—. La paga será buena, y el riesgo a correr el mínimo. Haz lo que te digo, que de convencerles me ocuparé yo.

Morgan salió sin replicar, y Gale vio las miradas de las dos bellezas fijas en su figura. Se acercó a la mesa. Un suave y conocido perfume le hirió el olfato.

Tardó escasamente medio minuto en reconocerle, y entonces su rostro se arrugó un tanto. Sintiendo por Morgan lo que iba a hacer, encaró a la rubia de ojos azules y curvas prominentes.

—Míster Morgan me ha vendido el gimnasio —empezó—. Como deseo convertirlo en otra cosa, no necesito empleadas de ninguna clase. Lo siento.

Rubia y pelirroja se pusieron en pie:

—¿Es por eso o porque para su nuevo negocio le estorban las

mujeres?

Gale miró fijamente a la pelirroja, y tardó varios minutos en contestar:

—Nada de eso, querida. Simplemente que no me gusta el perfume que usas. Ése es el motivo del despido. ¿Está claro?



—No me gusta el perfume que usas, querida...

—Mucho.

Y la pelirroja le miró como si estuviera loco. Luego encaró a su compañera.

—Anda, ricura —dijo—. Recoge los trastos, que nos vamos.

Gale vio, mientras se metía la mano en el bolsillo para buscar un par de billetes, cómo ambas tapaban la máquina de escribir, y luego tomaban los bolsos.

Con un par de billetes de quinientos dólares en la mano, se encaró con ellas, alargándoselos.

—Para bombones —dijo.

Ahora fueron las dos que le miraron, cada vez más convencidas que estaba loco. Pero a pesar de ello, ambas alargaron la mano, tomaron los billetes y los escondieron en las profundidades del bolso.

Gale amagó una sonrisa, y las siguió con los ojos cuando se alejaron hacia la puerta. Fue allí, junto a ésta, cuando la pelirroja se volvió en redondo para mirarle.

—Cuando tenga otro billete de estos avísame, querido —dijo—. Buenas tardes.

Su compañera ya había desaparecido. Por tanto, ella giró en sentido contrario, más rápidamente aún que lo había hecho anteriormente para mirarle a él. Su corta falda hizo algo raro, hubo una nube de puntillas y una exhibición de piernas.

Aquello, junto a lo visto por debajo de la mesa, decidió a Gale, aun en contra de sus propios pensamientos.

—Espere un momento.

Ella se volvió, con el semblante lleno de asombro. Fue a preguntar algo, pero la súbita entrada de Morgan la interrumpió:

—Los chicos están esperando, Duff —dijo.

Gale miró a la pelirroja.

—Siéntese ahí y espere. Quiero hablar con usted.

—Creo que ya lo dijo todo, míster... Por tanto...

Oiga, encanto —cortó Gale—. Si no quiere perder el empleo haga lo que le digo y espere. Si no es así, ya se está largando, ¡diablos!

Tomó del brazo a Morgan, y salió del despacho sin lanzar una mirada a la pelirroja. Ella le siguió con la vista, y cuando la puerta se cerró a su espalda, murmuró:

Vaya genio que se gasta. Si no fuera porque me gusta... le mandaba al cuerno.

Dicho esto, Wilma Porter cruzó la estancia, se sentó en un sillón, extendió frente a ella sus largas piernas, que podían constituir motivo de envidia para cualquier mujer, sacó un cigarrillo del bolso, lo encendió, y se dispuso a esperar a aquel hombre, a quién desde un principio conceptuó interesante, y desconcertante al mismo tiempo.

CAPÍTULO VI

En compañía de Morgan, Gale alcanzó el gimnasio. Frente a él vio a un grupo de seis hombres, duros y curtidos en toda clase de luchas. Les miró atentamente, y preguntó:

—Creo que Morgan os ha dicho lo que quiero de vosotros, ¿no? Pues bien —se dirigió a uno de ellos—, ¿quiere salir usted?

El aludido, peso medio, de nariz aplastada, ojos pequeños, y bíceps capaces de darle un susto a cualquiera se separó del grupo y quedó frente a frente de Gale.

Ambos se miraron. Gale, calculando las posibilidades del púgil. Dick Tempal, preguntándose si estaba o no loco. Pero si pagaba bien... Estuvo a punto de encogerse de hombros, y si no lo hizo fue porque Gale habló primero:

—Bien, supóngase por un momento que usted es un atracador, o un *gángster*. Lleva una pistola y un puñal. Pero no me diga dónde guarda esas armas. Yo no sé en qué bolsillo está la automática, ni en cuál el puñal. Usted tiene que agredirme con uno de los dos. Pero tampoco me diga con cuál. ¿Comprende? Ahora inténtelo.

La cara de Tempal era un poema. Vaciló unos segundos, luego abombó el pecho y se dispuso a llevarse la mano al bolsillo de la chaqueta.

Gale saltó hacia él; pero cuando el encontronazo parecía inminente, cambió de dirección con un hábil esguince, y Tempal soltó un aullido al verse con la muñeca sujeta por dos de los dedos de Gale, y con la espalda pegada al pecho de éste, y el brazo torcido de mala manera detrás de la suya.

Como en sueños oyó la voz del joven:

—Basta torcer un poco más para que abra la mano y deje caer el puñal, amigo. Y otro poco para que el brazo se le vaya al infierno.

Y lo soltó, mirándole risueño.

Un rato después, y mientras le seguían observando con estupor,

Gale explicó detalladamente lo que quería de ellos. No tuvo dificultad alguna. La paga era buena, y aquel asunto prometía jaleo.

Se despidió para ir al despacho, diciendo:

—No quiero que lleven armas de fuego. Ahora, que nadie falte mañana. Morgan les irá aleccionando en esta clase de lucha.

Dio las buenas noches, dejándoles comentando todo aquello, y sin parar mientes en Morgan, fue al encuentro de la pelirroja.

Wilma estaba leyendo una revista atrasada, con una pierna encima de la otra, por lo que las puntillas de sus encajes saltaban bien a la vista, y donde por unos segundos fueron a parar los ojos de Gale; pero la soltó al instante para mirarle con gesto interrogativo mientras hacía ademán de ponerse en pie.

Gale no la dejó.

—Siga sentada —dijo—. Ahora, antes de que lleguemos a un acuerdo quiero hacerle un par de preguntas. Creo que no se ofenderá por ello, ¿verdad?

—Supongo que no. ¿Qué desea saber?

—Primero su nombre. Después, dónde compró ese perfume.

Wilma tardó más de tres minutos en contestar, tal vez preguntándose de nuevo si estaba tratando con un loco, mientras Gale recreaba la vista en su espléndida y juvenil figura, comparándola con Nora, incluso con la sin par Dora Ostrow. Sobre todo, con esta última.

Dora era toda una mujer, pero la pelirroja era algo excepcional. Algo que él no había visto nunca. Tan alta como Dora, pero o era tonto de remate, o aquella mujer no tenía más de veinte años, un metro de busto, mientras la rubia platino simplemente noventa y cinco centímetros.

En cuanto a las caderas... En fin, que era preferible no mirarla mucho. Mareaba desde la cabeza hasta la punta de los pies, después de tanta y tanta curva excitante.

En cuanto a piernas, Gale no recordaba haber visto nada igual...

—Me llamo Wilma Porter. En cuanto a ese perfume... —Gale notó que vacilaba un poco, aunque añadió casi al instante—: Antes usaba otro, pero Nora Latimer me dijo que éste era mejor, que daba más personalidad. ¿Qué importancia tiene esto?

Evidentemente, estaba extrañada. Esto lo notó Gale. Pero ella no pudo advertir que él lo estaba aún más.

—¿Quién es Nora Latimer? —preguntó a su vez, por toda respuesta.

—Nora es... Bueno, Nora es simplemente Nora. No sé si me comprenderá usted. Es una bailarina del «Cristal». Un club nocturno de la Avenida Michigan. Tiene un apartamento en el Boulevard Warren, donde vive con su marido.

Aquello era verdaderamente nuevo para Gale, que estuvo a punto de soltar un respingo, y que a duras penas pudo reprimir.

Eso lo explica todo. En fin, ¿cuánto quiere ganar aquí, *miss* Porter?

Y volvió a mirarla de pies a cabeza, deteniendo los ojos más de lo preciso en las bonitas y perfectas rodillas. Ella extendió las piernas, por lo que Gale decidió mirarla a los ojos, verdemar, rasgados y brillantes.

—Le gusto a usted, ¿verdad?

Gale se asombró ante el desparpajo de la pregunta. Se acercó a ella, y Wilma se puso en pie con un revuelo de blanco encaje y falda corta.

—Sí, querida —replicó—. Una barbaridad. ¿Tiene algo que ver esto con el negocio?

Ella sonrió.

—Puede que no —replicó sin perder la sonrisa—. Simplemente, se lo he preguntado para decirle que me quedaré con el mismo sueldo de míster Morgan, si usted no se toma libertades conmigo.

Gale la miró como dudando de lo que oía. Luego preguntó en tono cínico:

—¿Qué entiende usted por libertades, muñeca?

Wilma le miró atentamente; y luego soltó una risita y replicó con la misma franqueza:

—Por ejemplo: que intente besarme sin mi consentimiento. ¿Le parece poco?

—Nada de eso; querida. Me parece bastante. Por tanto, si alguna vez siento esa tentación, que temo ocurra pronto, le pediré permiso para hacerlo.

La respuesta de Wilma la interrumpió la entrada de Morgan. Ella miró el reloj, y luego a los dos hombres.

—Tengo que irme, míster Duff...

—Gale, encanto. Ése es mi apellido. Y puede irse si gusta.

Mañana continuaremos esta interesante conversación.

Por toda respuesta, Wilma dio las buenas tardes y desapareció.

Gale encaró a Morgan.

—Manda a uno de los chicos, y que no la pierdan de vista. Me interesa saber lo que hace, y cuáles son sus amistades —y Gale también miró el reloj—. Son la siete y media, Morgan —añadió—. Tengo una cita y no la quiero perder.

Se despidió precipitadamente, y unos segundos después conducía recto al lugar donde le esperaba Nora Latimer.

Estaba allí, en «El Niágara», en el número 5008 de Arlington Place. Subida a uno de los taburetes, mostrando buena parte de sus hermosas piernas y algunas puntillas de encaje blanco.

Gale la vio al entrar, y eso que había varias mujeres más, mariposeando por entre la clientela, vividoras de oficio. Las miró de pasada, y sin decir palabra se acomodó al lado de ella.

—¿Te ha costado mucho salir?

Nora volvió la cabeza para mirarle. Sonrió.

Tim es un imbécil —y Gale recordó las palabras de Wilma—. Claro que después tendrás que llevarme al «Cristal».

Bebió lentamente del combinado que tenía frente a ella, sin dejar de mirarle. Luego apartó los ojos de él, miró en torno y musitó quedamente:

—Hay mucha gente por aquí, Duff. Podríamos ir a un reservado. ¿Te parece bien?

Gale no respondió, pero se bajó del taburete. Nora hizo una seña a uno de los camareros, y minutos más tarde estaban ya a solas, y lejos de miradas indiscretas.

—Tengo miedo, Duff —susurró ella—. Tengo miedo por ti. ¿Por qué no les das ese diamante?

Gale la miró a los ojos, y sonrió, aunque lo hizo sin alegría.

—No lo tengo, Nora —replicó—. Ni siquiera sé dónde está.

—Ellos no te creen. Hasta ahora, Ricks les ha podido sujetar. Pero ¿qué pasará cuando él también deje de creerte? ¡Te matarán! Lo harán aunque con tu muerte pierdan ese montón de dólares.

Gale se separó de ella a las nueve y media. La ayudó a levantarse del sofá, y, después de pagar, la condujo al «Cristal». Ya en la puerta, Nora se retuvo unos segundos para preguntar:

—¿Cuándo nos volveremos a ver?

Gale sabía que estaba jugando con fuego, y se preguntaba si llegaría a quemarse. Por tanto, y en previsión de cualquier contingencia, contestó:

—No lo sé, Nora. Pero será pronto. Te avisaré aquí mismo, ¿no?

—¿Por qué no subes conmigo a mi camerino? Luego, cuando acabe mi representación, podemos ir a donde quieras.

Gale denegó con la cabeza.

—Hoy no, querida —replicó—. Estoy cansado y deseo dormir.

Pero lo que deseaba era enfrentarse con Dora, para hablar de aquel diamante.

Con un signo de resignación en su hermoso semblante, Nora desapareció por la puerta, y Gale regresó al «Crysler».

Media hora más tarde estaba en el «Búho», encaminándose rectamente, sombrero en mano, hacia el guardarropa.

Se lo entregó a Dora, mirándola de pies a cabeza con su cortísimo cancan negro, y sus no menos negras medias caladas, sus zapatos de alto tacón, y su ajustada blusa de encajes, tan transparente como un cristal.

Ella se dispuso a retirarse después de darle el correspondiente ticket, pero Gale la sujetó de un brazo.

—Aún no, cariño —dijo—. Escúchame bien: Te esperaré.

Al finalizar ella su trabajo, la llevó enlazada por la cintura al «Crysler» no dijo ni una palabra hasta que no se vio en su apartamento, con un buen vaso de *whisky* en la mano, con ella en frente, sentada en uno de los sillones, llevando sobre sus mareantes curvas la liviana tela de una bata de casa de seda natural.

CAPÍTULO VII

—Íbamos a hablar de ese diamante, ¿no?

Dora balanceó una de sus piernas. Gale suspiró, y se puso a esperar la respuesta, a falta de otra cosa mejor, y que no era lo que estaba viendo, ¡corcho!

—He pensado algo, Duff. Algo bien sencillo. Cuando se dio la alarma, tú llevabas esa piedra. Corriste hacia la puerta. Yo estaba allí y te vi. Después te golpearon antes de alcanzar la de la calle y perdiste el conocimiento. Pero cuando te registraron el diamante no estalla en tu poder. Ahora no recuerdas qué hiciste con él, ni yo tampoco puedo decírtelo, ya que no lo sé. Atando cabos —siguió, cada vez más aprisa, llena de excitación—, he pensado que muy bien pudiera ser que el diamante esté aún oculto en casa de los Martinelli. ¿Recuerdas algo ahora?

Gale denegó de nuevo con la cabeza, y afirmó con desaliento:

—Nada, muchacha. Sigo lo mismo que estaba. Veamos; ¿cuál es tu idea, dulzura?

—Mañana por la noche, los Martinelli dan una fiesta en su casa. Pienso ir allí. Creo que tal vez sobre el terreno, pueda reconstruir la escena del robo y tu huida, paso a paso. Puede que de esa forma logre saber lo que hiciste con ese dichoso diamante.

Gale pensó unos segundos en aquella posibilidad, y después inquirió:

—¿Cómo conseguirás una invitación?

Ella rió tenuemente, mirándole a los ojos.

—Isaac Martinelli es asiduo del «Búho», cariño. Hace tiempo que me persigue. La conseguiré aunque sea a cambio de un par de besos —y agregó, riendo cuando le vio el rostro—: Descuida, pienso casarme contigo, querido.

Gale se calló lo que pensaba ya que no deseaba molestarla, temeroso de decirlo, con lo cual, aquel asunto se lo llevaría el

diablo. Dora había puesto el dedo en la llaga y él comprendía que era la única posibilidad que le quedaba.

—De acuerdo —replicó tras ligera vacilación—. Nos veremos en el «Búho» pasado mañana por la tarde.

—Nada de eso, Duff —replicó ella, rápidamente—. Éste es tu apartamento. Tienes una llave; por tanto, puedes venir a verme mañana, sobre las tres o las cuatro de la madrugada. Para entonces esa fiesta habrá terminado, y yo podré decirte algo.

Gale se puso en pie y cogió el sombrero. Dora se levantó también y se acercó, después de depositar el vaso encima de la mesita. Le acompañó a la puerta, pensando en lo estúpidos que eran algunos hombres.

Y mucho más cuando le ofreció los labios y él la besó, para en el acto alejarse rápidamente por el pasillo, como si tuviera miedo a ella.

Efectivamente, Gale lo tenía, y mucho. Como de Nora y de aquella Wilma que ahora era una empleada suya. No le gustaba el matrimonio, y, al parecer, todas las mujeres que conocía no iban nada más que a la caza de marido.

Claro que Nora era diferente...

Acabó con estos pensamientos una vez frente al volante del «Crysler», y camino del hotel donde se alojaba.

Varias veces miró por el espejo retrovisor, hasta que, efectivamente se dio cuenta que era seguido.

No tenía que preguntarse nada sobre la posibilidad de su seguidor ya que creía saberlo. Tampoco aceleró la marcha. Se limitó a seguir conduciendo con una mano, mientras que con la otra acariciaba la culata de la «*Parabellum*», colocada estratégicamente bajo la axila izquierda.

Gale detuvo el «Crysler» cuando le faltaban unas tres cuabras para llegar al hotel, abrió la portezuela y descendió. Subió a la acera y empezó a caminar lentamente, esperando que apareciera el automóvil que le venía siguiendo.

Aquello era enormemente expuesto. No sabía cuántos hombres irían dentro ni si éstos llevaban metralletas. Si era así, él sólo tenía una «*Parabellum*». De gran calibre, claro, pero insuficiente contra una de aquellas ráfagas.

Siguió imperturbable cuando a su espalda oyó el runruneo del

motor que ahora, y después del aullido de las llantas contra el asfalto, cuando el conductor lo frenó en seco al darse cuenta que el «Crysler» estaba parado casi en el centro de la calle, se iba acercando lentamente.

Y siguió andando hasta que lo detuvo detrás. Entonces, Gale se movió llevando la mano a la axila, para sacar la «*Parabellum*» en forma diabólica. Luego se dejó caer al suelo.

Era a tiempo, un lengüetazo de fuego salió de la ventanilla del negro «Pontiac», y la bala se estrelló contra el hormigón de la casa que tenía a su espalda. Luego el automóvil saltó hacia adelante. Gale disparó contra él alcanzándole en una de las ruedas delanteras cuando intentaba torcer por la primera calle a la izquierda.

El «Pontiac» se subió al bordillo, tropezó con un poste, lo arrancó de cuajo y luego fue a dar contra la pared. Gale se puso en pie buscando el amparo de un portal.

Antes que lograra alcanzarle, Fred Mc'Namara, saliendo del automóvil, disparó contra él. Gale se agachó, pegándose materialmente contra la dura acera, y disparó una sola vez.

Al principio creyó que había errado el blanco, ya que Mc'Namara continuó encañonándole. Pero cuando se dispuso a disparar de nuevo, éste se derrumbó pesadamente.

Gale dejó pasar un par de minutos y luego se puso en pie, pegado materialmente a la pared de la casa. Luego avanzó lentamente hacia el «Pontiac».

Mc'Namara estaba muerto. Esto lo supo apenas si llegó a su lado. Después se dio cuenta que en el interior del automóvil no había nadie más. Sólo un ligero perfume, que conocía demasiado bien.

¿Nora o Wilma? ¿Simplemente Mc'Namara? Si era así, ¿quién le había dado la orden? ¿Ricks? ¿O acaso obraba por su cuenta o por la de Tim O'Connor?

Alguien estaba abriendo las ventanas de algunas casas. Luego sonó el silbato de un policía. Gale maldijo entre dientes y retrocedió hasta el «Crysler».

Con pericia maniobró hasta dar la vuelta por completo, y segundos más tarde abandonaba el lugar a toda marcha, mientras que a corta distancia sonaba el aullido de las sirenas de la policía.

Durante más de tres horas, Gale condujo de un lado para otro por todo Chicago hasta que decidió volver de nuevo al hotel.

La calle estaba ahora en calma. Silenciosa como al principio. Del «Pontiac» no quedaba ni rastro, aunque en la pared seguía la señal del balazo que Mc'Namara disparó contra él, y el resto del poste que destrozó con el radiador del automóvil.

Pensando en mudarse de hotel al día siguiente, Gale condujo el «Crysler» si garaje del hotel, y diez minutos más tarde, bebía *whisky*, directamente por el cuello de la botella, tendido en su cama, con el pensamiento puesto en Wilma y sobre todo, en Nora Latimer.

Ambas muy agradables, muy hermosas, excitantes, Capaces de provocarle a cualquiera un ataque cardíaco, o algo peor, pero también, a ambas se las podía comparar con panteras afilando las uñas.

Ni más ni menos que como decía Dora. Pero ¿y ella?

Incapaz de seguir pensando por aquellos derroteros, sabiendo que quién sufriría un ataque cardíaco sería él, Gale intentó dormir, cambiando de paso, y a voluntad, el curso de sus pensamientos.

Y se durmió pronto. Pensando en Morgan y sus muchachos. ¿Serviría aquello para algo, o sería puro teatro?

La respuesta no llegó a formulársela. Estaba roncando suavemente.

El gimnasio se hallaba en plena actividad cuando Cate llegó al atardecer del día siguiente. Buscó a Morgan, encontrándole precisamente en el momento en que acababa de hacer saltar por encima de su cabeza a Don Lindsay, otro de los púgiles que estaba a su servicio.

Gale sonrió al encararse a su amigo y al púgil.

—¿Cómo va eso, Morgan? —preguntó.

—Estupendamente, Duff. Dentro de un par de días, estos muchachos estarán en situación de presentar batalla, en todos los sentidos.

Pero lo que ninguno sabía era que la iban a presentar a no tardar, obligados por las circunstancias.

—Me alegro —replicó Gale—. Ahora otra pregunta, Morgan. ¿A dónde fue Wilma anoche?

—Uno de los muchachos, Jeff Dun, la siguió hasta la Avenida Chicago. Wilma, al parecer, trabaja allí, en el guardarropa. Es un club nocturno. Creo... sí, esto seguro. Se llama «La Bombilla». Después, sobre las tres de la madrugada, salió de allí acompañada

de un hombre. Dun la siguió hasta Sheridan Road. Esa chica viví cerca de tu casa, Duff.

Gale hizo una mueca, y luego preguntó:

—¿Y el hombre?

Morgan soltó una risita.

—Quedó fuera, Duff. Tan sólo unos minutos, y luego se alejó definitivamente.

Gale hizo trabajar su mente a marchas forzadas mientras no le quitaba los ojos de encima a Morgan. Finalmente preguntó:

—Wilma está ahí, ¿no?

—Claro, la chica siempre fue puntual. Lo que no me explico es por qué despediste a la otra. Era una rubia que... y sin terminar la frase, Morgan hizo unos cuantos signos cabalísticos en el aire, y luego silbó. —Bueno, después de todo, tú eres el que paga, y el que sabe lo que se trae entre manos—. Luego cambió el tono de su voz por otro muy bajo y preguntó: —¿Aún no recuerdas nada, Duff?

Gale movió la cabeza lentamente.

—Por más esfuerzos que hago no logro recordarlo, Morgan.

Y como si no quisiera hablar más de aquella cuestión, Gale se alejó hacia la oficina. Wilma estaba sentada frente a la máquina, con un periódico en la mano.

Al oírle entrar levantó los ojos y enrojeció un poco, soltándolo en el acto. Gale sonrió, acercándose.

Buenas tardes —saludó—. ¿Quiere ganarse mil dólares?

Wilma abrió mucho los ojos. Luego dio un respingo, le miró de extraña manera y replicó:

—¿Por leer el periódico en horas de oficina, míster?

—Nada de eso. ¿Quiere ganárselos, sí o no?

—¡Oh, perdone! —Y Gale vio cómo se levantaba, abría el bolso, y sacaba de él el billete de quinientos dólares que le diera la noche anterior—. Olvidé devolvérselos, míster Gale —añadió—. ¿Qué debo hacer para me esos mil dólares?

Gale miró la mano extendida de ella, denegó con la cabeza y replicó:

—Se lo di para bombones, nena.

Wilma le dedicó una encantadora sonrisa, lo guardó nuevo en el bolso y dijo:

—Compraré una caja de medias —se levantó la falda, añadiendo

—: Me hice una carrera esta mañana en el «metro», y son las únicas que tengo.

Gale pareció interesarse por la media, aunque no era así, y ella lo sabía, pero disimuló también. Luego, y de una manera repentina el joven levantó los ojos y la miró a la cara. Wilma captó su agitada respiración y dejó la falda como estaba.

Siguió un silencio, que duró más de dos minutos, al cabo de los cuales Gale pareció salir de un sueño, o tal vez de una pesadilla. Mirándola movió la cabeza y exclamó:

—¿Qué diablos le estaba preguntando, *miss* Porter?

Wilma estuvo a punto de soltar la carcajada. Pero se limitó a contestar:

—Me estaba preguntando si quería ganarme mil dólares. ¿Qué tengo que hacer?

Ahora Gale dio la impresión de acabar de bajar de una nube.

—Sí, es verdad. Bueno, necesito la dirección del apartamento de Nora Latimer. Usted dijo que era en el Boulevard Warren, ¿no? ¿Qué número, por favor?

Wilma abrió mucho los ojos, y Gale pensó que quedaba deslumbrado. Incluso parpadeó.

—En el 6670, míster Gale. ¿Sólo por esto me va a dar los mil dólares?

—Nada de eso, encanto. Una parte por esto. Otra para que cierre el pico, y la otra, para que vigile a Nora Latimer. Ella es su amiga ¿no? Pues bien, quiero saber todo lo que hace desde que sale de su apartamento del Boulevard Warren, hasta que entra en el «Cristal».

—Nora es mi amiga, míster Gale. No puedo hacer eso.

—Escuche, ricura. Usted trabaja para mí. Cierto que no puedo obligarla, pero mil dólares son mil dólares, y tenga la completa seguridad que a su amiga no le va a ocurrir nada malo al menos por parte mía. ¿Sabe quién es su marido? ¿Dónde trabaja?

Wilma le miró cada vez más extrañada.

—Le he visto sólo un par de veces, míster Gale, y nunca hablé con Nora de él. ¿Por qué?

Pero Gale no se lo dijo. Se limitó a mirarla, replicando:

—Por nada, *miss* Porter. Ahora piense en lo que he dicho. Necesito averiguar todo eso. Sus amistades, a dónde va cuando sale del «Cristal» por la madrugada; en fin, todo lo que pueda sobre sus

movimientos. Piense si le interesa hacerlo.

Gale dio media vuelta y fue a la puerta. Antes de llegar a ella, Wilma habló:

—Está bien; lo haré, míster Gale.

Retrocedió y se detuvo frente a ella.

—Ahora sí que le daría un beso —dijo.

—¿Va incluido también en los mil dólares?

—Claro.

La dejó cuando ella empezó a arreglarse las costuras de las medias, recogiendo de paso el periódico. Una vez en el gimnasio lo desplegó, a la espera de Morgan, que estaba terminando de aleccionar al grupo de púgiles.

Y allí estaba, en primera página, y con unos enormes titulares: «Asesinato de un *gángster*. Fred McNamara, conocido *gángster*, ha sido encontrado muerto en una de las calles de Chicago. La policía busca al conductor de un “Crysler” modelo 1960, cuya matrícula acaba en 8».

Gale no quiso seguir leyendo. Dobló el diario y se acercó a Morgan, que en aquel momento fijaba sus ojos en él.

—Me marchó, Morgan —dijo—. Procura que no pierdan de vista a esa chica. Me interesa todo cuanto pueda hacer. ¿Comprendes?

—De acuerdo, Duff. Algo más.

—No.

Se estrecharon la mano y Gale fue a la puerta. A través de los cristales miró la calle en sombras. Luego consultó el reloj. Se asombró al darse cuenta que eran cerca de las diez de la noche, y entonces pensó que Dora ya estaría en la fiesta de los Martinelli, y que tenía que matar el tiempo hasta que ella regresara al apartamento.

Gale empujó la encristalada puerta, pisó la acera, y se quedó quieto mirando la media docena de siniestras figuras que había diseminadas por los portales. Entre ellos reconoció a Nolan, a Gilbert, y también le pareció ver cómo Croock se escondía a cincuenta yardas más allá, en un portal, y en la acera opuesta.

Suspiró hondo y salió del amparo de la puerta, justo en el momento que Wilma lo hacía también, detrás de él.

Ella miró a todos lados, buscando un taxi, hasta que le vio. En el acto le chocó su actitud felina y su forma de caminar por la acera.

Entonces miró en torno, y vio las tres siluetas que avanzaban a su encuentro.

Wilma creyó ver que llevaban algo en la mano, y, cuando estuvieron más cerca, comprendió que eran saquitos llenos de arena.

Sin pensarlo dos veces se metió en el gimnasio y empezó a llamar a Morgan, cuando ya Gale se enfrentaba con el trío con las manos desnudas, despreciando la «*Parabellum*» que seguía en la funda de la axila... aunque pensando usarla si alguno de sus antiguos compañeros intentaba sacar la suya.

El primero de ellos, Nolan, volteó por encima de su cabeza y fue a romperse la columna vertebral contra el filo de la acera, cinco yardas más allá. Su aullido de dolor coincidió con la salida de Morgan y su pandilla.

Después, durante más de media hora, la calle fue un campo de batalla, que disolvió el sonido de las sirenas de la policía.

En el acto todo quedó en calma. Tres hombres estaban muertos en las más diversas posturas.

CAPÍTULO VIII

Con la cara llena de esparadrapo, y con todo el aspecto de estar muy cansado, Gale llegó a su apartamento cuando eran las cinco de la mañana.

No llamó a la puerta, sino que usó su llavín. Dora estaría esperándole, seguramente dormida en el sofá. Dio la luz de la entrada, cerró la puerta a su espalda, y se encaminó al *living*.

Efectivamente, Dora estaba allí, dormida. ¡Pero dormida para siempre! Estaba muerta, asesinada después de haber recibido una brutal paliza. El interior de todo el apartamento (esto lo supo Gale después), ya que ahora no tenía ojos nada más que para la mujer que estaba tendida en el centro del *living* con un agujero en su linda frente, y su *negligée* de nilón destrozado, estaba completamente revuelto.

Gale se recobró de la impresión un minuto después, y entonces se acercó al cadáver con las manos metidas en los bolsillos. Por nada del mundo tocaría, ni rozarla nada de lo que allí hubiera.

Se inclinó para besar la pálida y fría frente, y luego musitó:

—¿Quién fue, Dora? ¿Por qué lo hicieron? ¿Qué es lo que has descubierto en casa de los Martinelli, y quién había allí que te reconoció y supo a lo que ibas?

Incapaz de contestarse a estas preguntas y, dándose cuenta que nada podía hacer por ella, y que estaba sobrando allí, Gale clavó los ojos en el teléfono.

Se acercó a él, sacando un pañuelo del bolsillo, con el cual tomó el auricular. Luego, y valiéndose de uno de los picos del mismo, marcó el número del Departamento Central de Homicidios.

Le contestaron casi en el acto, y Gale, procurando que su voz sonara ronca, cosa que no le costó ningún esfuerzo, explicó lo que había ocurrido.

—¿Desde dónde llama usted?

—Desde el mismo apartamento.

—Está bien. No se mueva de ahí. Llegaremos dentro de unos minutos.

Gale colgó y, después de lanzar una postrer mirada al cuerpo lleno de moraduras de Dora, salió, cerrando tras él.

Llegó al hotel media hora más tarde. Guardó el «Crysler» y, procurando no ser visto por el vigilante nocturno, Gale subió al apartamento que tenía alquilado.

Abrió la puerta, y en el acto le hirió el olfato el perfume femenino de Wilma Porter. ¿O tal vez era Nora Latimer?

Con la mano en la culata de la «Parabellum», Gale encendió la luz. Atravesó aquella especie de *living* y fue al dormitorio.

Era Nora, y estaba tendida encima de la cama, completamente vestida, y durmiendo. Pero su sueño no era muy tranquilo, ya que cuando él fue a dar un paso, ella se sobresaltó visiblemente, abrió los ojos, soltó una exclamación y se puso en pie.

Unos segundos más tarde estaba entre los brazos de Gale.

—Duff... Duff... Yo he venido apenas me enteré. Joel, él, quiere que te maten.

Eso ya lo sospechaba Gale, pero no dijo nada, se limitó a mirarla a los ojos y no porque aquéllos fueran algo digno de mirarse.

—¿Y O'Connor?

—Él no sabe que estoy aquí. No estaba allí para advertirle mi escapatoria, querido.

Gale pensó unos segundos y, por fin, preguntó con voz seca:

—¿Cómo sabes tú que me alojo en este hotel?

—Fue... fácil, querido. Telefoneé a tu apartamento. Me contestó esa chica que vino contigo «la otra noche». Ella me dijo que te habías mudado aquí. Pregunté por teléfono y me dijeron en la dirección que aún no habías llegado. ¡Oh, Duff! ¿Qué... qué piensas hacer?

—Nada, Nora. Nada por ahora. Y dime: ¿qué hora sería cuando telefoneaste a mi apartamento?

—Cerca de las tres, Duff.

Y Gale maldijo «in mente» la lucha callejera y los golpes que recibió, amén de la cura correspondiente, ya que esto le impidió ir antes a su apartamento.

Ahora, puede que él estuviera muerto, o tal vez no. Si era esto

último, Dora también estaría viva en aquellos momentos...

—¿Qué piensa hacer Ricks, Nora? —preguntó repentinamente.

—Atacarte tan pronto pueda. Esta orden la dio poco después que yo llegué a casa, y en respuesta a una llamada telefónica. Se puso muy furioso. Tanto que yo nunca le he visto así. ¡Dales esa piedra, Duff!

—¡Cuernos, Nora! No la tengo, no sé dónde está. Y ya me estoy cansando de repetirlo. Ahora, gracias por todo, pero es mejor que te marches. O'Connor puedo que haya regresado ya y no le gustará tu ausencia.

—No pienso irme, Duff. He alquilado un apartar miento en este mismo hotel. No regresaré nunca más al lado de Ricks ni su cuadrilla. Alguna vez tenía que empezar a vivir como una dama, y cuanto antes empiece mejor.

—¿Has pensado que O'Connor te buscará?

—Lo sé, Duff. Pero no tengo miedo estando cerca de ti.

—Aun así, yo no puedo estar siempre a tu lado, ricura. No me gustaría verte muerta. No, querida. No me gustaría verte como a Dora Ostrow.

Nora agrandó los ojos cuando comprendió lo que Gale quería decir con aquellas palabras. Y no obstante, deseando la confirmación, preguntó:

—¿Qué... qué quieres decir, Duff?

—La han asesinado, poco después que tú telefonaras a mi apartamento...

Nora no tardó ni un segundo en afirmar rotundamente:

—Ha sido O'Connor, Duff. ¡Ha sido él!

Gale no replicó. Ni siquiera dijo lo que pensaba, y con respecto a ella. Calló, enlazándola por la cintura, obligándola a ir hacia la puerta, que abrió.

—Vete a tu apartamento —dijo—. Te veré mañana, cariño. Y está atenta, creo que has cometido una equivocación.

—Pudiera ser, Duff —replicó ella—. Pero no me pesa. No pienso volver, no volveré nunca al lado de O'Connor.

Se acercó a él, contoneándose al andar, felina y provocativa. Luego prendió las manos en las solapas de la chaqueta de Gale y le ofreció los labios.

Gale la enlazó por la cintura, y en contados segundos olvidó

todas sus preocupaciones. Media hora más tarde la condujo a su apartamento, y luego regresó al suyo. Pero no se acostó. Simplemente se cambió de ropa, y la salida del sol, en el nuevo día, le sorprendió vagando por el Grant Park.

Gale tomó el desayuno en uno de los bares de la mencionada avenida, y luego empuñó el volante. Tres cuartos de hora después, estaba frente al gimnasio.

Morgan era el único que estaba allí. Palideció al verle.

—Te busca la policía, Duff —espetó a boca de jarro apenas le vio.

Gale hizo una mueca.

—¿Por qué?

—¡Cuernos, Duff! ¿Es que no has leído los periódicos de esta mañana?

La sonrisa de Gale nada tenía de alegre ni simpática.

—No —replicó—. ¿Qué dicen?

—Hablan de lo ocurrido aquí, Duff. Los periodistas te culpan de ello y acusan a la policía de incompetentes. El teniente Rocco de la Brigada de Homicidios se ha hecho cargo de todo. Luego está ese cadáver en tu apartamento. El «Chicago Tribune» se pregunta quién es Dora Ostrow, y qué tiene que ver con un recién licenciado de presidio. El resto, entre otras cosas, si la mataron porque ella sabía dónde estaba el diamante de los Martinelli...

»Esta mañana han estado aquí. He tenido que decirles dónde te alojas. Por eso deseaba verte cuanto antes. A estas horas, Rocco y un par de sabuesos estarán en tu apartamento del hotel, esperándote».

—¿Green que yo maté a Dora, Morgan?

La pregunta de Gale sonó en tono glacial.

—El teniente Rocco no lo dijo. Ya sabes lo reservado que es.

Sí, Gale lo sabía. Le conocía bien. Rocco era el principal artífice del que se valió la policía Metropolitana para meterla en chirona. Mirando a Morgan sonrió.

—Está bien, Morgan —dijo—. Me iré, pero no fuera de Chicago. Ahora quiero pedirte un favor: ¿Dónde vive Wilma Porter?

Morgan le miró atentamente y luego aventuró una pregunta:

—¿Qué tiene que ver ella en esto, Duff?

—Aún no lo sé, pero deseo verla, y en su apartamento —y como

le viera sonreír ladinamente agregó—; Wilma es un buen bocado para cualquier hombre, Morgan. Pero no es por ahí. No es por eso por lo que la busco. Si salgo de ésta te lo contaré. ¿Dónde vive? En su ficha profesional debe constar su domicilio. ¿Quieres ir a buscarla?

Morgan lo hizo en contados segundos. Cuando regresó a su lado, le entregó una hoja de papel con unas señas escritas. Gale dio las gracias, estrechó la mano a su amigo y volvió al «Crysler». Junto a éste tuvo una idea y regresó sobre sus pasos.

Morgan le miró con mal disimulado asombro y con una pregunta en sus ojos.

—Oye, Morgan —dijo, nada más llegar a su lado, y en respuesta a la muda pregunta que él le formulaba—. La policía busca un «Crysler» modelo 1960, cuya matrícula termina en 8. No sé por qué, si continúo con él, no tardarán en pescarme. Voy a dejarle cinco cuadras, más allá, completamente abandonado. ¿Me dejas el tuyo, o busco un taxi, aunque esto último sea dar una pista aún más clara?

Morgan no vaciló un solo segundo. Metió la mano en el bolsillo, y de un manojó de llaves separó dos.

—Ésta es la de la puerta del garaje, Duff. Y ésta otra, la del automóvil. Suerte.

Gale subió al «Crysler». Cinco cuadras más allá lo detuvo, aparcó, y retrocedió en busca del «Mercury» de Morgan.

Veinte minutos más tarde, se detenía frente al número 4508 de Sheridan Road, en cuyo decimonoveno piso, Wilma Porter tenía uno de los apartamentos más coquetones que imaginarse puede.

Gale descendió del «Mercury», miró a ambos lados de la amplia calle, cruzó la calzada, y ya dentro del portal, buscó el nombre de la joven. Tardó contados segundos en encontrarlo, y mucho menos en entrar en el ascensor y pulsar el botón del decimonoveno piso.

Una vez en el pasillo, Gale buscó el apartamento B, frente a cuya puerta se detuvo, notando que ahora vacilaba, preguntándose qué le iba a decir a ella, que no supiera ya por la Prensa.

Pero ¿le creería?

Sin tener seguridad de nada, Gale pulsó el timbre. Pasaron más de dos minutos en una angustiada espera, antes que oyera cómo al otro al lado recorrían el cerrojo de la puerta.

Luego ésta se abrió, y la esplendorosa figura de Wilma, vestida

con algo transparente, parecido a la gasa, apareció ante sus ojos. Gale se olvidó hasta de respirar y de no ser porque ella habló, hubiera sufrido un colapso, a pesar de saber que tenía a toda la policía de Chicago detrás de su pista.

—¡Míster Gale!

Se apartó rápidamente de la puerta para dejarle pasar. Luego la cerró, y fue detrás de él hasta el *living*. Y sonrió al verle manipulando en el mueble-bar, sin ser invitado a ello.

Después, Gale se volvió para mirarla. Sus ojos se miraron en silencio durante algunos minutos, y, al fin, ella lo rompió:

—Deme algo de beber, ¿quiere?

Y se sentó en el sofá, retrepándose contra el respaldo. Cuando Gale se volvió con las bebidas en la mano, se le antojó, no una pantera, pero sí una gata bastante peligrosa.

—Perdone, *miss* Porter —dijo—. No estaba pensando en cortesías en estos momentos. ¿Sabe? Han matado a Dora Ostrow. Asesinada en mi apartamento Claro que usted no la conocía.

Wilma, por toda respuesta señaló un montón de periódicos que había encima de uno de los sillones, y que Gale no había visto.

—Lo he leído bien temprano, míster Gale —replicó—. ¿Qué piensa hacer ahora?

Gale lo sabía, pero no lo dijo. Se limitó a encogerse de hombros y a mirarla. Wilma hizo un gesto, se apartó a un lado y le indicó que se sentara. Luego, y mientras lo hacía, ella bebió entornando los ojos. Entonces fue cuando Gale contestó:

—Aún no lo sé, *miss* Porter. Ahora, ¿quiere decirme si hizo algo por ganarse los mil dólares?

Wilma sonrió, guiñando un ojo. Se desperezó, dando aún más la sensación de un peligroso felino, y replicó:

—Creo que le di un beso, ¿no?

Gale se volvió a medias para mirarla. Estaba bebiendo, como si no hubiera dicho nada. Tranquila hasta más no poder, desafiándole con la mirada, que brillaba por encima del vaso que tenía junto a sus rojos y gordezuelos labios.

Desafiándole con toda su actitud, incluso cuando lo soltó encima de la mesita y volvió a retrepase contra el respaldo del sofá, levantando una de sus maravillosas piernas para cabalgarla en el acto encima de la otra.

Pidiendo y rechazando al mismo tiempo...

Gale respiró hondo...

Sí —dijo después—. Eso creo recordar. Pero no me refería a ello, sino a Nora Latimer.

Wilma hizo un mohín con la boca, y Gale sintió deseos de taparle los labios con un beso.

—Sí —replicó ella, por fin—. Averigüé algo. Pero no pienso decir nada hasta saber una cosa. ¿Hasta qué punto se interesa usted por Nora Latimer, míster Gale?

—¿Sentimentalmente?

—Sí.

—No tengo ningún interés en ella, aparte que es una mujer casada. Usted lo dijo, *miss Porter*. ¿Por qué lo pregunta?

Ella bostezó largamente, extendiendo los brazos en cruz, con lo que sus senos, bajo la gasa, se mostraron audaces y orgullosos.

—Por nada, míster Gale —hizo una pausa y empezó—: Fui a verla a su apartamento del Boulevard Warren. Su marido había salido... y estuve con ella un buen rato. Incluso la acompañé al «Cristal». Permanecí allí hasta que terminó la función... y... Bueno, míster Gale, aquí viene lo extraño. Nora no volvió al Boulevard Warren, sino que fue hasta el hotel donde usted se hospeda. Allí tiene alquilado un apartamento. ¿Quiere decirme qué significa esto?

Gale hubiera podido contestar una porción de cosas, pero se limitó a formular otra pregunta:

—Entonces, *miss Porter*, ¿no sabe quién es ni cómo se llama el marido de Nora Latimer?

Ella alargó uno de sus desnudos brazos y tomó el vaso de sobre la mesita. Se lo llevó a la boca y bebió a pequeños sorbos durante unos minutos.

Cuando le miró, su sonrisa era tan provocativa como prometedora.

—Se sorprendería de saberlo, míster Gale —replicó.

El joven la miró atentamente, pero la cara de ella sólo mostraba desafío y no por lo que había dicho, sino porque estaba pensando que sería bueno recibir un nuevo beso de él.

—¿Qué quiere decir?

—Nada que usted no pueda saber por sí mismo, y sin peligro alguno. Tiene el número de ese apartamento. ¿Por qué no va a

verla?

—Lo haría, encanto, pero temo que la policía me eche mano antes de llegar.

Wilma entrecerró los ojos, recordando ahora la situación en que se encontraba su jefe, cosa que había olvidado por completo.

Se acercó a él rozándole con su cuerpo de sirena, Gale volvió a oler aquel perfume que le recordaba a Nora Latimer.

—¿Qué piensa hacer, entonces? A su apartamento no puede ir. Estará vigilado por la policía. Al hotel tampoco —y Gale recordó las palabras de Morgan—. ¿Dónde piensa ocultarse mientras esto se calme? —calló unos segundos, mientras Gale notaba que le cogía de la mano, en tanto que se acercaba más a él; y luego, añadió—: ¿Por qué no me lo cuenta todo, míster Gale?

En menos de un segundo pensó que podía hacerlo, si tuviera la suficiente confianza en ella. Su amistad con Nora Latimer... Y por otra parte, Gale se dijo que nada perdía en ello. Chicago se había convertido para él en una inmensa ratonera, cuyo final sería la silla o la cámara de gas. Cualquier ayuda, por extraña que pareciera, le vendría bien, siempre y cuando no fuera una trampa.

La mano de Wilma estaba ahora sobre su brazo. Sus labios cerca de su boca, y su mirada era acariciadora. Los senos acusaban una respiración agitada. Estaba pidiendo lo que no iba a rechazar.

Gale lo comprendió así, pero no hizo un solo movimiento. Se sentía tan perplejo, como deseos tenía de besarla.

—Cuéntemelo, míster Gale —musitó.

CAPÍTULO IX

Wilma se arregló el desaliño del pelo y luego se lo u meco con la mano.

—¿Por qué no se queda aquí, míster Gale? —preguntó después con los ojos brillantes.

—¿En este apartamento?

—Sí. ¿Por qué no?

—¿Y usted, *miss* Porter?

Wilma soltó una risita y miró en torno.

—Es bastante grande. Por lo tanto hay sitio para los dos.

Gale vaciló. Va perspectiva era de su agrado, pero sabía que pensar en muchas cosas, antes de decidirse.

—No quiero mezclarla en esto —dijo al fin—. Dora Ostrow murió asesinada, porque estaba complicada en un... —Y entonces Gale contó la sencilla historia, aunque se guardó algunas cosas para sí. Terminó diciendo—: No me gustaría que la mataran, Wilma. Pero ¿por qué hace esto por mí?

Ella sonrió al oírse llamar por su nombre, y luego respondió...

—He oído que heredó tres cuartos de millón en dólares, míster Gale. Creo que es una razón de peso para que cualquier chica que se sepa hermosa desee conquistarle. Y después de esto... creo que soy merecedora, sino a todo, sí a una buena parte, ¿no?

Gale la miró, dudando si hablaba en serio o en broma, y no lo pudo saber. Wilma había vuelto el rostro a otro lado mientras se ponía en pie, sin cuidarse poco ni mucho de cómo quedaba la gasa que llevaba encima.

Habló sin mirarle:

—Piénselo hasta la noche, querido —consultó el relojito de pulsera—. He de irme. Usted es mi jefe, y no deseo me regañe si llevo tarde a la oficina. Debajo de aquel florero, encontrará una llave de la puerta de entrada. Si sale y no piensa volver, déjela bajo

la alfombra que hay en el pasillo.

Dio media vuelta y se adentró en lo que Gale juzgó sería su dormitorio. Quince minutos después estaba de vuelta, y él se puso en guardia cuando la vio acercarse con la sonrisa en los labios.

Se detuvo frente a él, exhibió una de sus magníficas extremidades y preguntó:

—¿Están rectas las costuras, querido?

Gale tragó saliva.

—Sí —murmuró, faltarle de aliento.

Ella rió tenuemente.

—Le gustan, ¿no?

Sí. Supongo que serán las medias que compró, ¿no?

—Me refería a mis piernas, tonto.

Y sin esperar la réplica, riendo siempre, Wilma abandonó el apartamento con suave balanceo de caderas, y maligno movimiento de falda corta.

Gale se pasó la mano por la frente, notándola húmeda. ¡Maldita gata! Aquella era mucho peor que Nora y que Dora juntas. Había conseguido hacerle perder el control, y olvidar todo lo que llevaba entre manos, y en la situación delicada en que se encontraba.

Pensando en ella, a pesar de sus esfuerzos por no hacerlo, Gale se bebió de golpe el vaso que tenía en la mano. Luego, se sentó, para levantarse minutos más tarde, y volverse a sentar un rato después.

Así dejó pasar unas cuantas horas. Comió un bocadillo del frigorífico de ella y luego se tendió en el sofá para descabezar un sueño. Se despertó a las ocho, se lavó, se peinó, y salió a la calle que examinó atentamente antes de acercarse al «Mercury» de Morgan.

Condujo por espacio de media hora, y luego buscó una cabina telefónica. Unos instantes después estaba en comunicación con él.

—¡Diablos, Duff! ¿Dónde estás?

—En Chicago, desde luego, Morgan. Voy a decirte bien poco. Estoy en Lorna Boulding, en una cabina telefónica. Te dejo el «Mercury» junto a ella. Prefiero andar o tomar un taxi. He leído los periódicos, y veo que mi fotografía, al menos por ahora, no está en ninguno de ellos. Ahora corto, creo que ese teléfono está intervenido por la policía. Adiós, Morgan. Ya tendrá noticias mías.

Colgó sin esperar la respuesta. Salió de la cabina y caminó lentamente, al parecer sin prisa, pero mirando a todos lados esperando de un momento a otro tropezarse con alguno de los *gángsters* de Ricks, o con la policía.

Gale se preguntó entonces cuál de las dos cosas sería peor para él.

Sea lo que fuere, de una cosa estaba seguro; que tropezaría con los *gángsters*, y a no tardar.

Detuvo, el primer taxi que cruzó libre, y minutos más tarde, reclinado contra el respaldo del asiento, pensaba en Ricks y en O'Connor. Sobre todo en este último. El hombre que, a su juicio, había matado a Dora.

Al llegar a Van Burén Street, Gale ordenó al chofer que se detuviera. Pagó la carrera añadiendo una buena propina, y empezó a caminar lentamente, procurando en todo momento no quedar bajo la luz del alumbrado de la gran arteria.

Llegó a la puerta sin novedad, y entró en el portal. Vaciló unos segundos antes de penetrar en el ascensor, y luego, una vez dentro, y cuando éste le conducía al piso donde Ricks tenía su apartamento, Gale extrajo la «*Parabellum*» de la funda sobaquera y comprobó su buen funcionamiento. Luego la volvió a guardar, y ya frente a la puerta pulsó el timbre, en forma convenida. Una vieja señal que databa de cuando él pertenecía a la banda.

Aquella abrióse al instante, y Gale fijó sus ojos en Forrester. Durante unos segundos el *gángster* permaneció indeciso, y luego se apartó a un lado para dejarle pasar.

—Caramba, caramba... ¡Pero si es el niño pródigo que vuelve al hogar!

Gale no replicó. Le volvió la espalda con absoluto desprecio por el peligro que pudiera representar Forrester para él, y se adentró en el apartamento.

Éste parecía aún más sucio que siempre estuvo, y el vientre prominente de Ricks nunca sembró hasta entonces más una sucia masa de gelatina.

O'Connor y Gilbert estaban con él. Le miraron apenas entrar, y una corriente de aire helado pareció sacudir a los cuatro hombres por igual.

Ninguno dijo nada, se limitaban a mirarle. Y él, también en el

más completo silencio se fue acercando a la mesa que ocupaban, llena de puntas de cigarrillos y ceniza, y de naipes manchados y no menos sucios que el resto del decorado.

Gale, siempre sin decir palabra, se sentó en el primer sillón que le vino a mano, no sin antes limpiar el asiento con el pañuelo, que luego arrojó despectivamente a un rincón.

Ricks había dejado los naipes encima de la mesa, mientras su vientre acusaba —Gale no sabía si era por la hilaridad de su presencia despertaba en el viejo, *gángster*, o por la excitación que ésta le producía— un movimiento de arriba abajo y viceversa.

Sacó la pitillera de oro, y de ella un largo y emboquillado cigarrillo. Lo encendió parsimoniosamente, entras les miraba de uno en uno.

El silencio, cada vez más espeso, persistió por espacio de unos cuantos minutos, hasta que O'Connor no de aguantar más. Preguntó:

—¿A qué diablos has venido aquí, Duff? Estos aires son saludables para ti, a menos que traigas contigo diamante.

Gale sonrió fríamente.

—¿Lo eran acaso para Dora Ostrow, O'Connor?

Los ojos del *gángster* se achicaron un tanto, y Gale un brillo siniestro en ellos. Ricks reía, como siempre, en el más completo silencio. Ahora su vientre parecía una enorme ballena a la deriva.

Gilbert había sacado el puñal, y lo abría y cerraba donando una y otra vez el resorte. Forrester fumaba con absoluta tranquilidad. Pero Gale sabía que estaba al acecho, como cualquier alimaña. Dispuesto a saltar.

¡Cuatro años! ¡Cuatro malditos años!

—¿No tienes nada que decir, O'Connor? —insistió de nuevo.

El ambiente se caldeaba por momentos. Gale lo sabía. Lo intuía nada más ver la apariencia tranquila de Ricks.

—¡No sé de qué me estás hablando, Duff!

—¡Y un cuerno! Dora Ostrow murió asesinada en tu apartamento. He venido a que me digas quién lo hizo. ¿Comprendes, O'Connor?

¿Y por qué tengo que saberlo yo, Duff?

Gale tiró la punta del cigarrillo y se puso, en pie. Nadie se movió, pero el vientre de Ricks subió y bajó unas cuantas veces.

Después fue él quien habló:

—He leído los periódicos, y sé que estás en un búa apuro, hijo. ¿Podemos hacer algo por ti?

Gale le miró, soltó una maldición y replicó:

—¡Puedes irte al cuerno, Ricks! —Y se volvió para encarar a O'Connor—. Quiero saber eso cuánto canta O'Connor —agregó—. Si dentro de veinticuatro horas no sé el nombre del asesino de esa chica, vendré por él. Es mi última palabra.

La risa de Ricks cortó en seco cualquier cosa que intentara decir O'Connor. Luego dijo encarando a Gale:

—Escucha, hijo. Estamos en mala situación, mientras tú has prosperado mucho. Necesitamos la parte que nos corresponde por la venta de ese diamante. ¿Lo con prendes, Duff? ¿Verdad que sí, querido? ¿Qué te pi rece si mañana por la mañana te dejas caer por aquí con unos cuantos miles de dólares?

Gale le miró con aire regocijado, aunque estaba muy lejos de sentirse alegre en aquellos momentos. Replicó sin perder de vista a Forrester y a Gilbert. Este último seguía jugueteando con el puñal.

—Eso no lo lograrás nunca, Ricks. Y no por la sucia faena que me hicisteis, sino porque no sé dónde está.

—¿Es tu última palabra, Duff?

—Nunca he tenido más de una, Ricks. Y tú deberías saberlo.

Ricks no le miró, ni contestó tampoco. Sus ojos estaban ahora clavados en Gilbert, como fascinado por el brillo de la afilada hoja del puñal.

Luego, y tal vez obrando a impulsos de esta fascinación, hizo una seña imperceptible. Gale sabía lo que vendría después y se llevó la mano a la axila, sacando con velocidad escalofriante, mientras se tiraba al suelo.

Oyó un tenue silbido por encima de su cabeza. Luego vio a Gilbert meter la mano en la funda sobaquera, y a Forrester y O'Connor que hacían lo propio.

La «Luger» del primero le estaba apuntando ya cuando disparó.

Después, y mientras Forrester caía con un negro agujero en la frente, Gale se puso en pie de un salto, encarando la «*Parabellum*» al abultado vientre de Ricks.

¡Quietos, cerdos! —estalló—. Diles que se estén quietos, Ricks, o te abriré un ventilador en la tripa.

Se inmovilizaron, y Gale retrocedió hasta la puerta. Tropezó con ella de espaldas, y entonces añadió:

—Nunca verás ese diamante, Ricks. Ni tú, ni ninguno de esos cerdos que te acompañan. En cuanto a ti, O'Connor, ya lo sabes; veinticuatro horas. Y mis recuerdos a Nora. Lamento no verla en estos momentos.

Dio un paso atrás, cerró violentamente y corrió por el pasillo despreciando el ascensor. Bajó la escalera salando los peldaños de tres en tres, pero nadie le salió al paso, ni tampoco le persiguieron.

Ya en la calle, Gale caminó aprisa hasta que encontró un taxi. Cuando dio la dirección, estaba pensando en Wilma Porter, en sus besos, y en su coquetón aparcamiento. ¡Lástima no poderse emborrachar con ella!

Pero el automóvil no le llevó a aquella dirección, sino a otra muy diferente. Cuando una hora más tarde descendió de él, Gale se apostó cerca del lugar que había elegido para su inspección, y dejó transcurrir las lentas horas.

Amaneció mucho después, con tal lentitud que Gale sintió una vez más puesta a prueba su paciencia.

Un rato más tarde los bares empezaron a abrir sus puertas, y Gale entró en uno de ellos, pensando que tenía que darse prisa si no quería que la policía se le echara encima antes de tiempo. Cerca de las diez de la mañana, su paciencia se vio recompensada. Y como ya dijera Wilma en cierta ocasión, Gale dio un respingo al ver quién era el supuesto marido de Nora Latimer.

No es que le hubiera visto salir del apartamento dicho, pero pensar de él todo lo contrario, era un error en el que no estaba dispuesto a incurrir.

Gale sacó la «*Parabellum*» de la axila y la guardó en el bolsillo de la chaqueta. Con la mano agarrotada en la culata, se dispuso a abordarle.

CAPÍTULO X

O'Connor, después de lanzar una feroz maldición, fue el primero en correr hacia la puerta, en cuya hoja se cimbreaba el puñal de Gilbert.

Ricks le detuvo, moviéndose con aquélla tan suya e insospechada agilidad.

—Será mejor que le dejes ir, O'Connor —dijo lentamente.

—¿Qué diablos sig...?

—No te sulfures y calla. Aún sigo siendo el jefe, O'Connor —replicó, para, acto seguido, desviar los ojos hacia Forrester. Después preguntó—: ¿También eres tú de la opinión de salir tras él, y ahora, Forrester?

El *gángster* intentó calcular, durante unos segundos, el verdadero alcance de la pregunta de Ricks; y como o lo consiguiera replicó:

—Escucha, Ricks; Duff ya ha liquidado a unos cuantos de nosotros, y ahora acaba de cargarse a Gilbert. Yo no pienso quedarme con los brazos cruzados. Por otra parte, ya sabes la faenita que nos ha hecho con ase diamante. Aun mal vendido, habrá podido sacar por él cerca de los doscientos mil dólares. ¡Doscientos mil dólares, Ricks! Algo que ninguno de nosotros ha visto ni verá jamás. ¿Quieres que sabiendo eso me esté quieto?

El abdomen de Ricks subió y bajó varias veces antes de que éste exclamara:

—No seas bestia, Forrester. Escucha. Y esto va también por ti, O'Connor, ya que se trata de Nora, La chica ha averiguado dónde se hospeda Duff, y yo la he mandado allí. Tiene un apartamento contiguo al suyo. Nora es lista y no tardará en saber a dónde fue a parar ese diamante, o en su defecto... En fin, lo demás no importa. Pero si lo ha vendido, espero que no falles como Gilbert, O'Connor.

El *gángster* no oyó las últimas palabras de Ricks. Para él sólo existía una cosa, que Nora estaba en el mismo hotel que Duff Gale.

Su mente se ofuscó duramente unos segundos en los que luchó como un endemoniado para poderse controlar.

Cuando lo consiguió empezó a hablar. Pero su voz sonó, y a pesar de ello, un tanto ronca:

—Nora es cosa mía, Ricks. Por lo tanto no debías haberla mandado allí. Sé que a ella siempre le gustó Duff aunque seguía siendo mi chica. Si me traiciona... ¡La mataré, Rick! Aunque sea lo último que haga.

La hilaridad del viejo *gángster* pareció aumentar aún más el volumen de su vientre.

—Tú no harás nada de esto, O'Connor. Si ella te traiciona, lo hará con todos nosotros, y yo...

—Tú te aguantarás. Eso ya lo sé, Ricks. Pero yo no.

—Escucha de una vez, O'Connor. Nora será cosa tuya, pero aún lo es más mía. La saqué del arroyo cuando era una cría de cinco años. La he criado como a mi hija... que nunca tuve, y no voy a dejar que un hombre como tú la balee sólo porque ella se haya cansado de ti, y prefiera a otro. ¿Entiendes? ¡Métete eso bajo el sombrero de una vez! En cuanto a lo que hagas con Duff, si es que vendió el diamante, eso es cosa tuya Pero a Nora... ¡infiernos que no!

O'Connor no replicó. Se limitó a dirigirse al mueble bar, sacar de su interior uno de los vasos, tan sucio como el resto del *living*, y llenarlo de *whisky* hasta los bordes. Con él en la mano encaró a Forrester.

—¿Quieres un trago? —preguntó.

Forrester miró el cadáver de Gilbert antes de contestar.

—No me vendrá mal —dijo.

Ricks les dejó beber en silencio. Luego que acabaron miró a Forrester.

—Sal a la calle y date una vuelta por ahí. Mira si la «bofia» está cerca. Si es así, avisa. Si no, ven pronto y ayuda a O'Connor. Hay que sacar este fiambre de aquí cuanto antes.

Forrester asintió con la cabeza. Abrió la puerta del apartamento y desapareció, despreciando el ascensor. Tal y como había hecho Gale.

Regresó media hora más tarde, diciendo que no había novedad alguna. Después ayudó a O'Connor a envolver a Gilbert en una

manta, y, luego, mientras Ricks permanecía junto a la ventana, mirando las luces de Van Buren Street y de paso, por si veía algún «poli», ambos, llevándole casi arrastrando, le bajaron por la escalerilla de incendios.

Minutos después, con Forrester a su lado, O'Connor conducía rectamente hacia el lago Michigan. Y dos horas más tarde, el cadáver, con un peso en los pies, era sepultado en las tranquilas y azules aguas. Después regresaron para separarse en La Salle Street.

Forrester se llevó el «Ford» último modelo, y O'Connor quedó en medio de la acera, viéndole partir con el ceño fruncido. Luego, sin pensarlo mucho, se acercó a una de las cabinas telefónicas. Cogió la guía y empezó a buscar hoteles. Pero no preguntó por Duff Gale, sabiendo que éste era perseguido por la policía.

El nombre por el cual preguntó era el de Nora Latimer.

Treinta minutos más tarde, O'Connor, con una sonrisa en la boca, se encaminó a aquella dirección. Frente al hotel se quedó mirando algunas de las iluminadas ventanas, calculando *in mente* qué recuadro de luz correspondería al apartamento de ella.

Encendió un cigarrillo y fumó largamente durante un par de minutos, con el pensamiento puesto en las veinticuatro horas de vida que le quedaban, según palabras de Duff Gale.

¡Cretino!

Esta palabra se le escapó de la boca cuando empezaba a atravesar la calzada, sorteando hábilmente el poco tráfico que circulaba a aquella avanzada hora.

Llegó al hotel, empujó la puerta giratoria y penetró en él. Al lanzar una mirada en torno sufrió un, sobresalto, y luego buscó con los ojos un lugar donde esconderse.

O'Connor lo encontró casi al instante, y muy cerca de donde se encontraba. Unas espesas cortinas que colgaban del techo, tal vez tapando alguna puerta. No se equivocó en ello. Había una puerta detrás de ellas, la de la biblioteca.

Pero O'Connor no entró. Estaba mejor detrás de las cortinas. Podía ver lo que ocurría en todo el amplio *hall* del hotel. Luego, si tenía que desaparecer, podía, hacerlo por la biblioteca. O'Connor estaba seguro que tendría por lo menos una ventana, desde la cual podía muy bien saltar a la calleja trasera.

Veinte minutos más tarde, y viendo que los tres policías de

uniforme no se movían del mostrador de recepción, O'Connor pensó en la distribución de los pisos superiores. Una sonrisa crispó por unos segundos su rostro patibulario.

Ahora sólo cabía tener un poco de suerte. ¡Si al menos no hubiera policía junto al apartamento de Duff Gale!

O'Connor siguió pensando, hasta que cayó en la cuenta que era muy posible que sí que los hubiera. Pero no estarían en el pasillo, sino en el interior del apartamento. ¿Valía la pena arriesgarse?

Creía que sí. Luego, la escalerilla de incendios sería una buena vía de escape.

Sacó la «Luger» de la funda de la axila, mirando a los tres policías situados a menos de diez yardas de donde se encontraba y examinó el cargador. Luego introdujo la mano en un bolsillo y sacó un silenciador «Maxim» que adaptó al cañón. Acto seguido guardó la automática en el bolsillo de la chaqueta y retrocedió hasta la biblioteca.

Como pensó, había una ventana que daba a la calle trasera. O'Connor la abrió y saltó por ella. Dio la vuelta al edificio mirando a todos lados, y luego, lo mismo que un felino, pegado a la pared, se acercó a la escalera de salvamento para caso de incendio.

Trepó lentamente por ella, sin prisa mirando de vez en cuando hacia abajo, a los pocos viandantes, y a los escasos automóviles que a aquella hora de la madrugada circulaban por Van Burén Street.

Descansó sus buenos tres minutos antes de alcanzar el quinto piso. Luego continuó la ascensión hasta el sexto, y entonces soltó una retahíla de maldiciones al darse cuenta que la ventana estaba cerrada.

Siguió subiendo hasta el séptimo. Allí O'Connor tuvo suerte. La ventana estaba abierta de par en par. Alargó una pierna, pasándola por encima del alféizar, y minutos después estaba en el interior del hotel.

Completamente a oscuras, O'Connor descendió hasta el sexto. Sus pasos, cuando se adentró por el pasillo, fueron ahogados completamente por la espesa alfombra. O'Connor calculó mentalmente cuánto le costaría al viejo Ricks la estancia de Nora en aquel hotel.

Masculló una sorda imprecación y siguió avanzando. A duras penas podía ver en aquella semioscuridad los letreros de las puertas,

y aquello también contribuía a que su mal humor fuera creciendo.

Por fin llegó al departamento C, y se detuvo junto a la puerta, para acto seguido mirar a ambos lados del pasillo, con la mano derecha agarrotada a la culata de la «Luger».

No se había equivocado. No había policía. Ahora bien ¿cuál era el apartamento que ocupaba Duff Gale?

Ante la imposibilidad de averiguarlo por sí mismo, y no deseando preguntar, ya que no podía hacerlo, O'Connor volvió a buscar en sus bolsillos, después de haber intentado en vano hacer girar el picaporte de la puerta que tenía enfrente.

Minutos más tarde, silencioso como una tumba, metió la ganzúa por el ojo de la cerradura. Tres segundos después el pestillo giró en el interior y la puerta quedó abierta.

O'Connor estaba sudando cuando entró, cerrándola a su espalda.

Ahora, con la «Luger» en la mano, vaciló entre encender la luz o no. Optó por lo primero. Dio al conmutador, y la lámpara colgada del techo alumbró el lujoso *hall*. O'Connor hizo una mueca. Se orientó en unos segundos y luego la volvió a apagar.

Pero Nora Latimer no estaba allí. Ni en el dormitorio, ni en parte alguna, aunque en los armarios había prendas de vestir, la mayoría de ellas de carácter íntimo.

No encendió un cigarrillo. No deseaba que el olor del tabaco delatara su presencia a la mujer que de un momento a otro podía entrar. Por eso, conteniendo a duras penas los nervios, O'Connor se sentó en el borde de la cama, haciendo acopio de paciencia, dispuesto a esperar lo que fuera preciso.

Y amaneció sin que Nora diera señales de vida.

Cuando por fin lo hizo, eran más de las doce de la mañana. Y se presentó ante los ojos de O'Connor, no en su apartamento, sino saliendo del que ocupaba Duff Gale, y cuando el *gángster* salía del de ella.

Ambos se miraron unos segundos a los ojos. Ella con gesto de terror. El, pensando en muchas cosas, sin saber que Gale no estaba en el hotel, aunque debió de haberlo sospechado cuando vio la policía dentro.

Después Nora dio un paso atrás e intentó retroceder, buscando la puerta abierta del apartamento de Gale.

CAPÍTULO XI

El automóvil era inglés. Uno de los mejores que Gale había visto en su vida. Un «Super *Sports* Dalmain», y aquel hombre se dirigía directamente hacia él.

Gale, sin pensarlo dos veces, se acercó, al parecer sin prisa pero lo cierto es que lo hizo de tres largas zancadas, dando la impresión que apenas se movía.

Aquel hombre estaba abriendo la portezuela cuando llegó a su lado, situándose a su espalda.

—Celebro verle de nuevo, míster Martinelli —dijo.



—Celebro verte de nuevo, Buitres.

4 - BUITRES

Al Martinelli, padre; se volvió a mirarle. Gale vio aquellos mismos ojos negros, aquella cara de pómulos salientes, aquel traje de impecable corte, y con la misma altivez de siempre en su persona.

Por unos segundos ambos se aguantaron la mirada y Gale vio

también el frunce que había ahora en su frente.

—Usted... ¡Usted es Duff Gale!

Fue a dar media vuelta para penetrar rectamente en el automóvil, pero Gale no le dejó. Adelantando un poco la chaqueta, presentó el bolsillo, donde hasta un tonto habría podido darse cuenta que guardaba una automática y que la empuñaba firmemente.

—No haga tonterías, míster Martinelli —dijo heladamente—. Me está buscando la policía por asesinato. Esto quiere decir que uno más, no me vendrá de muy largo. ¿Comprende? —hizo una pausa y agregó—: Sí, le estoy apuntando con una «*Parabellum*» capaz de hacerle un agujero en el cuerpo por el cual podría pasar un tanque. Métase dentro del automóvil, míster Martinelli, que vamos a emprender un pequeño viaje. Y cuidado con las señales de tráfico, y mucho más con hacerle una seña a un policía. Le va en ello la vida. No lo olvide. Por muchos hombres que mate, sólo iré a la cámara de gas por la muerte de uno solo. Por tanto, le toca obedecer, amigo.

Los ojos de Martinelli expresaban incontenible furia, pero se sentía impotente ante el siniestro ojo de la automática, que no dudaba tenía Gale en el bolsillo de la chaqueta.

Obedeció en silencio, y Gale se introdujo en el automóvil inmediatamente detrás, ocupando el asiento al lado suyo. Cerró la portezuela y se cambió rápidamente la automática de bolsillo, con lo cual Martinelli empezó a sentir la presión del cañón en su costado.

Puso al «*Dalmain*» en marcha y arrancó lentamente. Casi en el acto de hacerlo preguntó suavemente, con una suavidad que no gustó a Gale, aunque maldito si sabía lo que Martinelli podía hacer contra él, encañonado como estaba:

—¿A dónde vamos?

Gale soltó una risita, que para los transeúntes debió ser muy alegre.

—A dar un paseo, míster Martinelli —replicó—. Siempre he sentido predilección por la orilla del agua. ¿Qué le parece si lo diéramos alrededor del Michigan?

Sin mirarle, atento al tráfico, Martinelli replicó:

—¿Piensa matarme, Gale?

El volvió a reír.

—Podía haberlo hecho cuando salió del apartamento de Nora Latimer —replicó tranquilamente, viendo en el acto como el perfil de Martinelli acusaba el impacto, aunque no replicó.

Gale tampoco dijo nada más. Se limitó, a partir de entonces, a seguir con los ojos los lugares por donde pasaba, hasta que media hora más tarde Martinelli rompió el silencio preguntando:

—¿Tiene preferencia por algún lugar?

—No. Sólo quiero estar lejos de la ciudad, en un sitio tranquilo donde pueda hablar con usted.

Y Martinelli captó en sus palabras una oculta amenaza.

Las calles, las amplias avenidas, después los barrios bajos, fueron pasando bajo las ruedas del «Dalmain», hasta que finalmente alcanzaron las afueras y la carretera, sin tropiezo alguno.

Entonces fue cuando Gale habló, después de reconocer el lugar.

—Hay una carretera de segundo orden, a la derecha, a unas cinco millas de aquí. Introduzca el coche por ella y lléveme a los acantilados. Es... es un bonito lugar para hablar de muchas cosas sin la presencia de testigos molestos. Y me refiero a la «bofia», míster Martinelli.

Tardaron menos de quince minutos en llegar a la carretera secundaria, y menos de cuatro en alcanzar los acantilados. Junto a las grandes rocas, rodeados de árboles, Gale ordenó a Martinelli que detuviera el automóvil.

Después se miraron los dos. Gale tenía ahora la «*Parabellum*» en la mano. Jugueteaba con ella, con los ojos, sin piedad alguna, fijos en Martinelli, que luego de unos segundos bajó los suyos, incapaz de seguir resistiendo el brillo que había en ellos.

—Baje del burro, míster Martinelli —dijo suavemente.

Éste vaciló unos segundos hasta que el cañón del arma se inmovilizó recto a su estómago.

—Por esta puerta. No quiero que me sorprenda en un descuido.

Martinelli siguió obedeciendo en el más completo silencio, y después, a indicación de Gale, se acercó a las rocas. Cuando le ordenó que se detuviera, se volvió lentamente para encararle.

—Bien, míster Gale —dijo en el acto—. Espero que me diga qué clase de broma es ésta.

Y se vio interrumpido por una alegre carcajada, notando que, a pesar de esto, los ojos de Gale seguían fríos y sin piedad.

—¿De veras cree que es una broma, míster Martinelli? Pues se equivoca. Y ahora le diré por qué está aquí. Le he traído para hablar de una mujer y de un diamante. La mujer puede ser Nora Latimer, o también Dora Ostrow. Pero, en fin, prefiero por ahora la primera. Y se...

—Un diamante que robó usted y que era de mi propiedad, maldito ladrón —atajó Martinelli furiosamente—. Un diamante que...

—... Dejé en su casa y que, probablemente, usted me robó a mí también, ya que éste no aparece por par —de alguna.

Martinelli dio un paso atrás y en el acto Gale le apuntó al pecho.

—Estese quieto, míster Martinelli. Hace días que no me siento bien de los nervios y sentiría matarle sin querer hacerlo. ¿Comprende?

—¿Qué ha querido decir con eso de que yo me apropié de mi propio diamante?

—Es una idea que se me ocurrió tan pronto como supe que tenía un apartamento en el Boulevard Warren, a nombre de su «esposa», Nora Latimer. Conozco a Nora mucho antes que usted, míster Martinelli. Y Nora cuesta cara. Tanto como para llegar a robar por ella, después de haber perdido parte de los ahorros del propio capital. ¿Es muy descabellada la idea?

Martinelli soltó un resoplido.

Usted está loco, Gale. ¿Qué hizo con el diamante? No pretenderá hacerme tragar ese cuento, ¿verdad?

—No, no lo pretendo. Si tuviera pruebas de ello lo haría. Ahora me limito a apuntar una posibilidad. ¿Cómo conoció a Nora, míster Martinelli?

—¿A usted qué diablos le importa?

Nada... en otra ocasión. Pero ahora estoy acusado de un asesinato. Nora es su amante. Eso no puede negarlo. ¿Dónde está ese diamante? ¿Qué ha hecho de él?

Martinelli sonrió, dio un paso atrás y se retrepó contra el peñasco que tenía a su espalda.

—Creo que está usted loco, Gale. Conocí a Nora como a tantas otras. La chica me gustó, y como no hizo ascos, pues... En fin, mi cuenta corriente en el Central Bank está a prueba de cualquier investigación.

Gale sopesó algunas posibilidades antes de añadir, y ante el estupor de Martinelli:

—De acuerdo, voy a creerle. Ahora, ¿quiere llevarme a Chicago? ¿Era sólo para esto por lo que me ha traído hasta aquí? Sólo en parte. Pero la otra me la callo. ¿Vamos?

Cada vez más intrigado, Martinelli avanzó hasta el «Dalmain». Ya frente al volante, se dio cuenta que Gale no le encañonaba. Frunció el entrecejo y puso el motor en marcha.

Las millas fueron recorridas rápidamente, y cuando Chicago apareció en la distancia, Gale musitó quedamente:

No he creído nada de lo que me ha dicho, míster Martinelli. Sospecho de usted, y voy a probarlo. Ahora no me importa lo ocurrido con ese diamante, ni de los miles de dólares que haya logrado sacarle Nora Latimer. Sólo me interesa saber quién ordenó la muerte de Dora Ostrow, y no voy a parar hasta descubrirlo.

Sin mirarle, atento a la carretera, Martinelli preguntó:

—¿Y qué diablos tiene eso que ver conmigo?

Gale soltó una risita.

—Aún no lo sé, pero pienso averiguarlo. Escuche, míster Martinelli: Dora Ostrow fue la otra noche a su casa, a la fiesta, invitada por su hijo. Alguien había allí que no le gustó su presencia. ¿Usted? No lo sé, pero horas después ella aparecía muerta en mi apartamento, sin haberme podido decir lo que yo deseaba saber: Dónde estaba ese diamante. Recuerde esto: Cuando la «bofia» me detuvo, ya no estaba en mi poder. Al parecer, tuve tiempo de esconderlo. Y fue dentro de su propia casa, míster Martinelli. ¿Dónde? No lo sé, pero puede que Dora lo averiguara y por eso la mataron. Además, hay otra cosa: Hace tiempo que la policía sospecha de usted. En concreto, el

F. B. I.

Su sueldo, sus negocios, no son tan buenos como para llevar el tren de vida a que estás acostumbrado. Gasta mucho míster Martinelli. Por otra parte, su hijo gasta tanto o más que usted. De vez en vez también se le ve en Compañía de mujeres tan hermosas como Nora Latimer, y tan caras como ella. Y aún hay más. Sé que la compañía aseguradora «Waldo and Camperter» ha pagado el importe del seguro del diamante. ¿Qué ocurriría si yo demostrara que usted se apoderó de él y lo vendió después de cobrar el seguro?

—Eso son suposiciones, Gale. No puede probarlo, porque nada de cuánto ha dicho es verdad.

—Es mi palabra contra la suya, míster Martinelli. Esto lo tengo en cuenta, como también el asesinato de esa muchacha. Algo que llevará a alguien a la silla o a la cámara de gas. Y piense en esto: voy a investigar en sus valores, suponiendo que aún le queden algunos. Tengo la idea de que no son como eran anteriormente. Incluso afirmarí, y tal vez no me equivocara, que está completamente al descubierto. En la ruina, míster Martinelli. Y que si no ha ido ya a la bancarrota, es debido a la venta de ese diamante, que ya ha costado una vida inocente, y las de algunos más. No tan inocentes claro.

Sigo pensando que está loco, Gale. Puede que sea como dice, su palabra contra la mía. Pero usted está acusado del asesinato a que aludo, y además ha estado en la cárcel por ladrón. Por robarme a mí.

Distraído con la conversación, con sus propias palabras y las de Martinelli, Gale no se dio cuenta de que el Dalmain disminuía rápidamente la marcha, mientras se iba acercando a la cuneta de la carretera. Cuando intuyó algo, volvió los ojos hacia su acompañante, llevando la mano al bolsillo.

El automóvil acababa de detenerse cuando tropezó con la culata de la «*Parabellum*». Y al instante oyó la voz de Martinelli, que decía con marcada sorna:

Bien, Gale. Ha perdido la partida. Ahora voy a llevarle a la policía.

Chicago estaba a menos de tres cuartos de milla, y los automóviles pasaban veloces de un lado para otro. Pero Gale no les miró.

CAPÍTULO XII

O'Connor hizo una mueca y avanzó hacia ella, procurando darle una ligera ventaja. Nora alcanzó el apartamento de Gale y penetró en su interior como una tromba.

Se volvió para cerrar la puerta, pero O'Connor metió el pie entre ésta y el marco. Luego la empujó violentamente. Nora dio dos vueltas sobre sí misma, con la falda y los encajes por la cintura, antes de caer rodando como una pelota.

O'Connor no se fijó en aquella preciosidad, sino que rápidamente cerró tras él. Cuando la encaró, Nora se estaba levantando. Y tampoco esta vez el *gángster* dio maestras de estar viendo su excitante anatomía.

Con parsimonia, teniendo las manos bien a la vista, O'Connor dejó que se levantara, que se arreglara la falda y que se pusiera bien rectas las costuras de las medias.

Nora siempre había tenido ese gusto. Por tanto, iba a morir perfectamente tranquila. Procuraría que sus medias no sufrieran deterioro alguno.

—Siéntate, Nora —dijo una vez que ella hubo acabado.

Sin replicar, la muchacha obedeció. Cabalga una de sus piernas encima de la otra, y O Connor vio las perfectas rodillas, y ya no siguió mirando, sabiendo que si lo hacía, no cumpliría su cometido.

—¿Dónde está Duff Gale, Nora?

Ella respiró fuertemente, y O'Connor desvió de nuevo los ojos cuando los senos de ella acusaron violentamente la bocanada de aire que entró en sus pulmones.

—¿A mi qué diablos me preguntas, Tim?

El rió salvajemente.

—Sin embargo, tú has pasado la noche aquí.

—Sí —replicó ella—. Le estaba esperando. Necesitaba hablarle.

—¿Nada más?

—Nada más, Tim.

—Bien. ¿Qué ha hecho de ese diamante?

La respuesta de Nora fue rápida en demasía.

—No lo tiene él, querido. No recuerda dónde lo dejó una vez que fue detenido.

—¡Estás mintiendo, Nora! Y yo sé por qué. ¿Cuánto te ha dado a ti?

—Nada, Tim. Es verdad lo que te digo.

O'Connor miró en torno.

—Fiel hasta la muerte, ¿no, Nora? —comentó.

—¿Qué... qué quieres decir?

O'Connor rió.

—Voy a matarte, Nora —dijo fríamente—. Te dije que lo haría si llegaba a sospechar alguna vez que había otro hombre entre tú y yo. ¿Cuánto tiempo hace que estás enamorada de Duff?

Nora se puso en pie e intentó avanzar un paso. O'Connor introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta, y cuando la sacó, la «Luger» brillaba en ella.

—¡No, Tim! No lo hagas. No te he traicionado. Duff no tiene el diamante. Es verdad. Yo... yo he venido para vigilarle. Ricks... Ricks me mandó aquí ¡Tim yo...!

Su voz la cortó el taponazo de la «Luger». Nora pareció tropezar de pronto con un muro invisible. Luego se tambaleó mientras su hermoso busto se teñía de rojo.

Fascinado, O'Connor vio cómo se rehacía y avanzaba hacia él. Luego volvió a detenerse, y la oyó decir:

—Eres un cerdo, Tim... O... Con... nor... Ri... Ricks te mata... rá por esto. Guár... date de Da... f... cer... do. Siempre te... odi... é, su...

O'Connor, con una mueca fría en su semblante, disparó de nuevo.

—Me la debías, ricura —masculló entre dientes.

Y no menos fríamente contempló cómo aquel hermoso cuerpo rodaba por el suelo, roto, desmadejado, con una de sus maravillosas piernas dobladas bajo el cuerpo, y la otra, mostrándola completamente por entre los encajes de su cancan.

O'Connor se acercó para mirarla. Contempló unos segundos los ojos vidriosos y creyó captar en ellos una muda acusación. Entonces

retrocedió lentamente, sin dejar de mirarla, y luego, en el umbral de la puerta, se volvió de espaldas, cerró tanteando, y unos segundos más tarde bajaba pausadamente la escalera, diciéndose que aquellos silenciadores «Maxim» eran de lo mejor que habían podido fabricar.

¡Nadie en la casa había oído el más ligero ruido!

Miró el *hall* desde el último escalón. Los tres policías daban cabezadas. Detrás del mostrador de recepción, el empleado nocturno dormía sentado en un amplio y cómodo sillón.

O'Connor, sin abandonar la culata de la «Luger», fue parsimoniosamente hasta la puerta, que alcanzó sin que ninguno de ellos hubiera levantado la cabeza.

Ya en la calle, respiró más tranquilo después de mirar en torno por espacio de varios minutos. Luego se alejó un trecho, detuvo un taxi y dio la dirección del gimnasio.

O'Connor estaba pensando que Duff Gale estaría por allí cerca, rondando, en espera de un momento propicio para poder entrar. El, como casi todos los *gángsters* de Chicago, conocía a Morgan, y como él, a otros muchos que se dedicaban a este mismo deporte o a otro cualquiera.

Por tanto, sabía que si Gale buscaba un refugio, nadie mejor que Morgan, o alguno de los muchachos, que noches atrás le hicieron experimentar su primer fracaso, para encontrárselo al instante.

Tres o cuatro cuadras antes de llegar, O'Connor descendió del taxi. Y fue al encontrarse completamente solo, en medio de la multitud que poblaba las aceras yendo y viniendo de un lado para otro, cuando pensó en Ricks, y en lo que éste representaba para los *gángsters* de Chicago. Y empezó a tener miedo.

Pero no retrocedió. El odio que tenía contra Duff Gale era tanto o más poderoso que el miedo que sentía por Ricks. Por tanto, continuó acercándose al gimnasio.

Las horas fueron pasando, y él continuó bebiendo *whisky*. Contaba cuatro cuando vio salir a Wilma Porter. Durante unos segundos la recorrió con los ojos y estuvo a punto de silbar de admiración. Luego volvió a su observación mientras ella tomaba el *bus* hacia Sheridan Road, preguntándose si Duff Gale estaría allí.

Gale no estaba y, no obstante, había visita. Apenas si llegó frente a la puerta, Wilma lo comprendió así, y eso que nada en el exterior

lo daba a entender.

Martinelli estaba sacando una automática «Colt» calibre 45 cuando Gale reaccionó. Al parecer, y según la idea que tuvo después de lo ocurrido el propio Martinelli, el joven no se movió, se limitó a alargar una mano, sujetándole por la muñeca.

Martinelli lanzó un aullido, y la «Colt» rodó al interior del vehículo. Gale sonrió, inclinándose para recogerla. Martinelli no se movió. No podía hacerlo. Su brazo derecho estaba completamente paralizado, y un agudo dolor lo recorría desde la muñeca hasta el mismo cerebro.

Gale se levantó, apuntándole con su propia arma.

—Yo nunca pierdo la partida, Martinelli —dijo fríamente Alargó la mano por delante de éste y abrió la portezuela—. Vamos, baje. No intente ningún truco, que puede hacerlo. El dolor de ese brazo no se lo impedirá precisamente.

—¿Qué intenta ha...?

—Nada que le importe, Martinelli —replicó Gale—. Sólo deseo que baje de aquí. Me está resultando demasiado molesto.

Se estaba sujetando el brazo inmovilizado, cuando Gale le empujó con el cañón de la automática. Martinelli emitió un ligero gemido mientras sus ojos echaban chispas. Pero descendió.

Sin apear, Gale le empujó fuertemente. Luego cerró la portezuela, empuñó el volante y el «Dalmain» arrancó velozmente dejando a Martinelli en medio de la cuneta, maldiciendo en voz baja. Luego empezó a hacer señas a los automóviles que circulaban en dirección a Chicago.

Pero cuando uno de ellos se avino a llevarle Gale había abandonado el «Dalmain» a la entrada de la ciudad, y ahora, dentro de un taxi iba camino de Sheridan Road pero no al apartamento de Wilma, sino al suyo propio, contando con que la policía no estuviera husmeando por allí.

Descendió a más de cincuenta yardas de distancia, y caminó el resto, mirando a todos lados, intentando descubrir a alguno de ellos entre la gente que circulaba de un lado para otro.

Alcanzó su casa sin novedad alguna. Desde la puerta de la calle miró a la portería y entonces entró encaminándose rectamente al ascensor. Pero al llegar a él, asaltado de una súbita idea, Gale retrocedió, yendo al buzón del correo.

Abrió el departamento correspondiente a su nombre y metió la mano. Sus dedos tocaron una carta. La tomó y después de examinar el sobre, lo guardó en uno de sus bolsillos.

Diez minutos más tarde volvía a hacerlo, pero ya dentro de su apartamento, que abrió con todo cuidado, y con la «*Parabellum*» por delante, deseando no ser sorprendido por la policía o los *gánsters* de Ricks.

Pero el apartamento estaba vacío. Entonces sacó la carta, rasgó el sobre y desplegó el pliego de papel. Ésta empezaba con «Mi querido Duff» y estaba Armada por Dora Ostrow.

Después de leer la firma, Gale sufrió un estremecimiento, consciente de que en sus manos tenía la clave de todo aquello. De que aquellas líneas eran lo último que había escrito Dora en esta vida. Y tal vez pocos minutos antes de morir. Empezó a leerla lentamente, y cuando acabó, tenía la boca seca. Fue al *living* y buscó una botella de *whisky*. Como siempre que se encontraba excitado, Gale bebió directamente de ella.

Después, y con el pensamiento puesto en Dora, a la que tal vez había mandado a la muerte por permitir que fuera a la fiesta de los Martinelli, Gale se desvistió, metiéndose bajo la ducha. Hecho esto se afeitó, cambió su traje por otro; entonces fue al teléfono.

Se puso al habla con el hotel en que se hospedaba, preguntando por Nora Latimer. Esperó unos segundos, o tal vez minutos, hasta que la voz de la encargada de la central le contestó que el apartamento C no contestaba.

Gale no se resignó, dio las gracias y marco el número del «Cristal», aun sabiendo que a aquella hora era muy difícil que Nora estuviera allí.

Efectivamente, no estaba, ni la habían visto desde hacía un par de días, cosa que extrañó a Gale. Soltó el auricular y tomó la guía telefónica. Sistemáticamente empezó a llamar a todos los apartamentos que tenían teléfono en el número 6750 del Boulevard Warren, ya que id parecer, si Nora tenía teléfono no estaba a su nombre ni al de Martinelli. Tal vez constaría con el del antiguo propietario del inmueble.

Había ocho apartamentos que lo tenían, y siete que contestaron que no conocían a la tal Nora Latimer. El otro no contestó, aunque Gale oyó con entera nitidez la señal.

Volvió a marcar el número, y espero sus buenos tres minutos antes de colgar de nuevo el auricular. Nora no estaba en su apartamento. Tampoco contestaba en el hotel. ¿Dónde se había metido? ¿Había vuelto a los brazos de O'Connor y a la sucia compañía de Ricks?

Gale lo dudaba. Por lo tanto, volvió al teléfono, después de liar y encender un cigarrillo, y telefoneó al hotel. La muchacha de la centralita le dio la misma respuesta. Y cuando iba a colgar aquélla le atajó excitadamente:

—Espere, no se retire.

Gale lo hizo así. Oyó repiquetear el timbre, y casi al instante sonó una voz, firme y fría.

—¿Quién es usted? ¿De dónde llama?

Gale se quedó cortado unos segundos. Luego muy lentamente, horquilló.

Miles de preguntas bulleron en su mente. ¿Quién era el hombre que había respondido a su llamada? ¿Por qué la telefonista del hotel le había puesto con aquel apartamento cuando él preguntó por Nora Latimer?

Sacudido por una idea, Gale cogió de nuevo el teléfono. Segundos después estaba al habla con Morgan.

Escucha, Morgan —dijo. Y a continuación, sin darse respiro, contó lo que había ocurrido y cuáles eran sus sospechas. Luego agregó—: Telefonea tú y trata de enterarte, Morgan. Volveré a llamarte dentro de cinco minutos.

Eran los que necesitaba para salir de su apartamento y buscar una cabina pública. Desde ella, lo mismo daba que la policía tuviera o no intervenido el teléfono del gimnasio.

Pero Gale no tuvo que hacerlo, aunque sí soltó un respingo.

—Nada de eso, Duff. Dun ha estado vigilando a la chica, lo mismo que se sigue vigilando a Wilma. Nora entró anoche bien temprano al hotel, y aún no ha salido... Ya no saldrá nunca, Duff. La han asesinado. Pero ha sido en el tuyo propio, en el que tú tienes alquilado ahí. Otro asesinato que te van a colgar. La policía está allí. El hombre que te contestó sería uno de ellos. Dun acaba de decírmelo por teléfono. Le ha mandado hacia aquí, ya que su vigilancia no tiene objeto alguno.

No, ya no la tenía. Nora había sido asesinada. ¿Por O'Connor?

Gale lo dudaba también, ya que si era así, algo estaba fallando en la carta póstuma de Dora.

Colgó sin dar ni pedir más explicaciones. Cerró el apartamento con llave y bajó a la planta baja, utilizando esta vez el ascensor. La portera tampoco estaba. Pero Gale no pensó ahora en ella, todos sus pensamientos los ocupaba en aquellos momentos, Wilma.

Wilma, que sabía quién era el supuesto marido de Nora. ¿Y cuántas cosas más sabría, y que no había dicho? ¿Habría ahora sabiendo que su amiga o conocida o lo que diablos quiera que fuera, había sido asesina a del mismo modo que Dora Ostrow?

Pudiera ser que sí, pero si era lo contrario, a Gale no le importaba, ya que la carta que llevaba en el bolsillo era toda una confesión.

Ya en la calle, buscó una boca de «Metro», y pronto se perdió entre el gentío que subía y bajaba por las escaleras mecánicas. Sacó billete para Van Buren. Street.

Cuando volvió a la superficie, estaba a menos de quince yardas del apartamento que ocupaba Ricks. ¿Estaría también O'Connor en él?

Subió utilizando la escalera, lentamente, como recrean o se en lo que iba a hacer, y llamó al timbre sin una sola vacilación. Pero ahora, su mano derecha empuñaba, bajo la axila, la culata de la «*Parabellum*».

Forrester fue el que la abrió. Casi al instante retrocedió un paso, haciendo ademán de sacar. Pero se detuvo a medio camino. Gale le estaba apuntando a la cabeza.

—Cierra la puerta, Forrester —dijo fríamente—. He venido en son de paz, y no me iré de aquí sin hablar con esta bestia de Ricks. ¿Está O'Connor aquí?

Forrester se echó a un lado. Gale penetró en el interior sin dejar de apuntarle, y luego esperó a que cerrara la puerta.

—He hecho una pregunta, Forrester —dijo después.

Ahora sí que el *gángster* se dignó contestar:

—No, O'Connor no ha venido. No le he visto desde anoche, cuando sacamos el cadáver de Gilbert, bastardo. ¿Por qué lo preguntas?

Gale hizo caso omiso del insulto.

—¿Y Ricks?

—En el *living*, como siempre.

—Andando, pues.

Forrester no se lo hizo repetir. Avanzó delante de Gale, pensando en el modo de poder usar su «Luger», ya que éste había olvidado de registrarle.

Oyó su voz detrás de él.

—Cuidado al abrir la puerta, Forrester. Sentiría tener que meterte un balazo en la espalda.

Forrester la abrió con cuidado. Ricks, más sucio que nunca, estaba sentado en el sillón, con la punta de un apagado cigarrillo en la boca, y la deteriorada camisa llena de ceniza.

Pero en su mano aparecía una imponente pistola «Mauser» del 38. Gale la vio en un segundo y tiró contra él. El estampido apenas si se oyó. Fue más fuerte el ruido que hizo la automática de Ricks, al golpear contra el suelo cuando él se la arrancó de la mano de un certero balazo, y a continuación apuntó a Forrester, que ya se estaba volviendo contra él.

—¡Estate quieto, Forrester! —dijo—. Es la última vez que te lo repito. Como ves, este cacharro mío hace bien poco ruido. Siéntate. Ahí, al lado de Ricks. Quiero veros a los dos al mismo tiempo.

Con una mirada asesina en sus ojos pardos, Forrester obedeció. Y, cosa extraña, Ricks se estaba riendo. Gale, al ver su vientre, se preguntó si era de furia, o si verdaderamente le producía hilaridad aquella escena, a pesar que tenía todas las de perder.

No se entretuvo en responderse a sí mismo, sino que, mirándole, espetó:

—¿Dónde está O'Connor, Ricks?

El *gángster* rió de nuevo, de aquella manera tan silenciosa, que no se notaba como no fuera por el movimiento de su abultado vientre.

CAPÍTULO XIII

El movimiento cesó tan rápidamente como había empezado, y entonces Ricks contestó:

—¿Por qué no le buscas tú sin que yo te lo diga, hijo?

Gale le miró largamente.

—Eso estoy haciendo, Ricks. O'Connor acaba de asesinar, en mi apartamento del hotel, a Nora —y a pesar de la «*Parabellum*», Ricks se puso en pie y avanzó un par de pasos hacia Gale, que no se inmutó—. Por eso le busco. Y ahora, Ricks, escucha esto: Tienes tres horas para desaparecer de aquí. Al cabo de ellas daré cuenta a la policía de todo cuanto sé, y la dirección de este refugio.

Ricks vacilaba sobre sus pies. Incluso para sostenerse tuvo que apoyarse en una de las sillas. Luego, más sereno ya, clavó los ojos en Gale.

—¿Estás seguro que fue O'Connor?

Gale no lo sabía con certeza, pero mintió. Y lo hizo porque le convenía así.

—Sí, tengo testigos que le vieron en el hotel.

La voz de Ricks sonó suave y ronca. Se diría que estaba a punto de llorar:

—Bestia inmundada. Nora era como mi hija, Duff. Tú lo sabes. Yo... yo la mandé al hotel para que te vigilara.

—Lo sé —interrumpió el joven.

Pero Ricks pareció no advertirlo, ya que continuó como si tal cosa:

—Se lo conté a O'Connor... ¡cerdo! Y la mató, la mató por celos, porque sabía que la pequeña estaba enamorada de ti.

—Entonces, ¿no ha venido por aquí? ¿No sabes dónde estará?

Ricks hizo una mueca. Su vientre ya no se movía. Forrester tampoco parecía dispuesto a efectuar un ataque por sorpresa. Todo esto lo observó Gale en el tiempo que tardó en llegar la respuesta a

sus preguntas:

—No, Duff. No ha venido... el muy cerdo. No, no sé dónde está, pero si lo supiera... ¿sabes una cosa? Tampoco te lo diría. Quiero ser yo el que le mate. ¿Comprendes, Gale?

—Si llega a tiempo, Ricks.

Y Gale retrocedió lentamente hasta la puerta. Una vez en ella les miró a ambos.

—Será mejor que te largues de Chicago —dijo como, despedida.

Desapareció al instante, y Ricks movió su enorme corpachón en dirección adonde había ido a parar su «Mauser». Se agachó a recogerla, comprobó si había sufrido algún deterioro y luego, sumamente satisfecho se la guardó.

Fue entonces cuando miró a Forrester.

Esto se acabó, Forrester —dijo—. Puedes largarte cuando gustes. A partir de ahora, mi compañía no será beneficiosa para nadie.

Forrester frunció el entrecejo.

—¿Qué insinúas, Ricks?

—Nada en concreto, pero voy a seguir el consejo de Gale mintió.

—Me largo de Chicago esta misma noche.

Forrester se puso en pie.

—¿Quieres decir que abandonas la partida?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Nora ya no está aquí. Ya no vendrá nunca más. Yo... antes voy a buscar a esa mala bestia.

—¿Y dejar que Gale se quede con el importe del diamante?

Ricks rió secamente, y ahora sí que su vientre acusó el impacto de su risa.

—Gale nunca tuvo ese diamante, Forrester. Es decir, lo tuvo una sola vez, y por espacio de pocos minutos. Ahora, sal de aquí. Quiero estar solo. Tengo que destruir algunos papeles.

Forrester hizo un gesto como el que se traga algo desagradable.

—No sabía que acostumbraras a guardar papeles comprometedores, Ricks —dijo fríamente.

El *gángster* soltó una risita.

—Desde un principio —afirmó rotundamente—. Incluso llevo un diario de todos los golpes que he dado, y lo que hemos ganado con ellos. Una fea costumbre si quieres, pero que resulta altamente curiosa. Sobre todo si cae en manos de la policía. Pero, como ves, no ha sido así. Nadie ha sido tan listo como el viejo Ricks, que ha

logrado burlar a todos. ¡Bestia inmundal

Forrester comprendió que sus palabras finales no eran para él. Ricks estaba pensando de nuevo en O'Connor y en el asesinato de Nora Latimer.

No replicó a aquello. Se puso en pie yendo a la puerta. Se volvió desde ella y miró a Ricks. Los ojos del *gángster* estaban fijos en él, como si quisieran taladrarle el cerebro.

Un involuntario estremecimiento conmovió a Forrester, que trató de disimularlo lo mejor posible.

—Espero que nos veamos algún día, Ricks —dijo suavemente.

Y salió despacio, mientras Ricks se volvía, encaminándose a su dormitorio, sin cuidarse de cerrar la puerta del apartamento.

Una vez en la calle, Forrester entró en el primer bar que le vino a mano y pidió un *whisky*. Luego, con él en la mano, mirando el fondo del vaso, se dio a pensar en Ricks, y en su extraña conducta final.

Entonces, como sacudido por una idea, se lo bebió de golpe y pidió otro. Éste tardó más en beberlo. Cerca de un cuarto de hora, en el cual su cerebro trabajó a marchas forzadas.

Luego pagó y se encaminó lentamente a la puerta. Miró a ambos lados de la calle y después, tratando de pasar lo más desapercibido posible, regresó a la casa donde Nora había tenido su apartamento.

Forrester iba en busca del viejo Ricks.

No utilizó el ascensor, sino que subió la escalera, procurando que sus pisadas no hicieran el más leve ruido. Se detuvo a la puerta y la tanteó suavemente con los dedos.

Estaba abierta. Esta certeza pareció electrificarle. ¡Conque tenía papeles comprometedores para todos, y los iba a destruir!

Forrester sintió tentaciones de reír mientras se encaminaba directamente al *living*, y de allí al despacho.

Efectivamente Ricks estaba allí, con un montón de papeles esparcidos encima de la mesa, pero no los estaba destruyendo, sino que los guardaba en el interior de una gran cartera.

Forrester se preguntó por qué, y creyó encontrar en el acto la respuesta. Sonrió torcidamente. Dio un paso al frente, y silencioso como un felino, atravesó el umbral. Después llevó rápidamente la mano a la axila, pero ahora sus ojos no miraban a Ricks, Sino a los

gruesos fajos de billetes que había en la abierta caja de caudales.

¡Con aquello sí que no había contado él! ¡Iba a matar dos pájaros de un tiro!

La «Luger» brilló un quinto de segundo en su mano. Pero Forrester no llegó a apretar el gatillo. Mucho antes, y con su insospechada agilidad, Ricks se volvió rápidamente, y Forrester sólo tuvo tiempo de ver el brillo cegador del foganazo.

Luego ser sumió en la nada, cuando la pesada bala que Ricks disparó contra él le entró por la frente y le salió por la nuca con horrible destrozo.

Ricks rió suavemente mientras le veía caer. Después siguió recogiendo papeles. Cerró la cartera y se la puso debajo del brazo. Hecho esto, lanzó una mirada circular. Por unos instantes sus ojos tropezaron con la abierta caja de caudales, y su mirada se hizo despectiva cuando tropezó con los apilados fajos de billetes.

¡Si al menos Nora viviese!

Con este pensamiento alcanzó la puerta del apartamento y salió al pasillo. Introdujo el llavín en la cerradura y lo cerró. Hecho esto, pulsó el botón de llamada, y tres escasos minutos más tarde descendía en el ascensor hasta la planta baja.

Ya en la calle. Ricks buscó un taxi, pero un taxi que no fuera corriente. Su enorme humanidad no le permitía esto. Al fin lo encontró y dio unas señas, marcando de este modo su verdadero destino, y el de otros más.

O'Connor... O'Connor... ¡Tim O'Connor!

El nombre repiqueteaba en la mente de Gale, una y otra vez, hasta hacerle daño. ¿Dónde estaña?

Miró en torno, hacia los cuatro puntos cardinales de la gran urbe. Imposible buscarle entre tantos millones de seres, entre tantos garitos, clubs nocturnos y *dancings* de Chicago.

Sin embargo, Gale tenía la certeza que O'Connor

aparecería en algún lugar, frente a él, y cuando todas las ventajas estuvieran de su parte.

Siguió pensando mientras caminaba sin punto fija. Wilma, Dora, Nora, Morgan... Todos eran como marionetas dentro de su cerebro, que bailaban al compás de una música infernal, una no menos diabólica danza.

Consultó el reloj de pulsera. Había un buen paseo del lugar donde se encontraba hasta el gimnasio. Y, cosa rara, no se encontraba cansado. Claro que esto podía ser debido al estado de nervios en que se encontraba.

Gale tenía frente a sus retinas la figura esplendorosa de Nora, muerta, asesinada brutalmente por un tipo tan canalla como O'Connor. Luego estaba Dora Ostrow, la carta que escribiera poco antes de morir y que le quemaba dentro del bolsillo.

Súbitamente Gale tomó una decisión y su rostro se tornó duro como el granito cuando alargó el paso en dirección al gimnasio. Si O'Connor tenía que salirle al paso, él le estaba dando aquella noche una oportunidad.

Llegó cuando la mayoría del personal había salido. Pero Morgan estaba allí, en el despacho. Abrió mucho los ojos cuando le vio. Luego se levantó del sillón que ocupaba, como impulsado por un potente resorte.

—¡Cuernos, Duff! ¿Es que estás loco?

No lo estaba aunque Morgan creyera lo contrario. La carta póstuma de Dora Ostrow era una salvaguarda para él. La mejor garantía con la que podía contar, aparte otra cosa que nadie sabía.

Gale no replicó. Ni siquiera se dio por aludido antes la acusación excitada de su amigo. Se sentó frente a él, sacó la pitillera y encendió un cigarrillo. Pero no ofreció ninguno a Morgan.

Después de expeler el humo un par de veces formarme un par de perfectos anillos, Gale preguntó:

—¿Por qué crees que estoy loco, Morgan?

—¡Cristo; Duff! ¿Es que no lo sabes? El inspector Darrow del F. B. I.

que colabora conjuntamente con Rocco, ha detenido a Wilma en su apartamento. A estas horas la están interrogando.

—¿Sobre qué?

Morgan le miró de extraña manera.

Hombre; pues... Supongo que querrán averiguar tu paradero entre otras cosas, Duff.

—¿Cuáles son las otras cosas, Morgan?

El aludido se encogió de hombros pero replicó:

—Tal vez quieran saber cuáles eran sus verdaderas relaciones con Nora Latimer, y como cosa lógica, averiguar si ella sabe algo

del diamante.

—La sonrisa de Gale era en aquel entonces tan fría como un témpano de hielo.

CAPÍTULO XIV

Después de las palabras de Morgan siguió un largo silencio, durante el cual Gale se limitó a fumar plácidamente.

—¿Sabes una cosa? —apuntó Gale repentinamente—. Dora dejó una carta antes de morir.

Morgan se movió en el asiento, al parecer víctima de la sorpresa.

—Diablos, Duff. Eso no me lo esperaba. Supongo que habrá escrito lo suficiente para exculparte por completo de esos crímenes. ¿No?

Sí, lo hizo. Apunta directamente a su asesino y hay más, Morgan; tía todos los nombres de los que asistieron a la fiesta de los Martinelli. Dice también dónde estaba el diamante, y muchas cosas más.

El rostro de Morgan era una máscara, pero ahora no se movía en el sillón. Completamente inmóvil como una estatua de piedra, miraba a Duff Gale, preguntándose donde iría a parar con sus confidencias y, también algo más.

—Supongo que ahora lo tendrás tú, ¿no, Duff? ¿Vas a entregarlo a la policía?

Supones mal, Morgan. El diamante sigue tan lejos de mí como al principio. El único que cada vez está más cerca, es el asesino de Dora Ostrow y Nora Latimer. Es uno de los sicarios del hombre que la sorprendió, y me refiero a la primera, cuando rebuscaba en el lugar donde yo dejé caer el diamante, poco antes que me golpearan en la cabeza con un saquete de arena. ¿Sabes por qué lo hicieron? Porque no les interesaba que yo saliera con él de casa de los Martinelli. El diamante tenía que quedarse forzosamente allí.

«Martinelli estaba en la ruina, Nora por una parte, su hijo Isaac, las carreras, y el tren de vida que llevaba por otra, dieron al traste con sus negocios. Pero esto no data de ahora, Morgan, sino de hace bastante tiempo.

»Pongo seis años y quizá me quede corto. Martinelli era el verdadero jefe, el que movía los hilos en torno a los robos y asaltos de joyerías, ayudado por Ricks y su cuadrilla. Pasó el tiempo y la policía y el

F. B. I.

empezaron a investigar su vida, yo para entonces ya pertenecía a la cuadrilla de Ricks. Por tanto, se lo que ocurrió. Martinelli, para alejar sospechas de sí mismo, se hizo robar. Yo fui uno de los que formaron parte. No me costó nada apoderarme del diamante cuando se apagaron las luces. Pero éstas obedeciendo a un plan preconcebido, se encendieron mucho antes de lo previsto. Isaac Martinelli, que nada sabía y nada sabe, corrió detrás de mí. Pero no fue él quien me golpeo sino O'Connor, aunque no logró evitar que yo dejara caer el diamante en un florero que hay en una de las ventanas. Son flores artificiales, Morgan. Por lo tanto, el florero está lleno de serrín, ¿comprendes?

»Esto no lo hubiera recordado nunca a no ser por la carta de Dora. Ella fue a aquella fiesta, y pudo recordar todos los pasos que yo di, pero la sorprendieron cuando estaba rebuscando en el interior del florero. Fue el propio Martinelli, y alguien más, que luego corrió en busca de Tim O'Connor».

»Éste la mató, pero no antes de que ella pudiera escribir una carta. Tenía miedo, sabía lo que iba a ocurrir, y temerosa de que yo no llegara a tiempo, me dejó ese escrito. Verás, Morgan. La cosa ocurrió poco más o menos así: Dora alcanzó mi apartamento y entró en él. Un rato después, ya nerviosa, escribió la carta. Bajó a la planta baja y la dejó caer en el interior del buzón. Luego, esto es lo que creo yo, fue a salir a la calle, pero tuvo aún más miedo y desistió. Volvió al apartamento... y O'Connor la mató.

Gale calló y encendió otro cigarrillo. Los ojos de Morgan estaban fijos en su rostro, que nada le decía.

—¿Dónde fue a parar el diamante? Según tú, Dora no se lo llevó, la sorprendieron antes de que lograra encontrarle.

Gale se permitió una sonrisa.

—Poco después de que me detuvieran, Martinelli padre se apoderó de él. Sabía, porque me vio, dónde lo guardé. Después lo vendió y acto seguido cobró del seguro. Creo que esto le valió una buena prima a Ricks.

Morgan estuvo pensativo unos minutos, y luego dio forma a sus pensamientos con una pregunta:

¿Quién fue la otra persona que Dora vio en la fiesta de los Martinelli, Duff?

Gale aspiró una gran bocanada de humo. Hizo unos cuantos anillos con él y después se retrepó contra el respaldo del sillón.

—Fuiste tú, Morgan —dijo sencillamente.

Morgan se puso en pie.

—¡Estás loco, Duff! ¡Pero loco de atar! Yo... yo soy tu amigo. Te vendí mi gimnasio. Te he ayuda...

—Escúchame hasta el final, Morgan. Tú no hiciste nada más que seguirme el juego. No tenías otro remedio. Cierto que me ayudaste, porque no tenías otra opción. Iban a retirarte del negocio. Por eso pusiste aquel anuncio. La casualidad, y nada más que la casualidad influyó en ello, aunque no lo fue el que yo viniera a comprártelo. ¿Te acuerdas de Dick Trent? Era uno de los hombres de Ricks. También tuvo mala suerte Fui compañero de celda. ¡Quisiera que supieras la de cosas que me contó! Y te diré más, Morgan, Martinelli te ordenó quedarte aquí, cuando tú le dijiste que el gimnasio había pasado a mi poder, y lo que habías tenido que hacer para que yo no sospechara de ti. ¡Imbécil, si yo ya lo sabía todo! A él le interesaba tenerme bajo vigilancia. Y ahora, otra cosa, Morgan. Tú dista mi dirección a la policía. Me refiero a la del hotel. Tú diste la dirección de Wilma diciendo que posiblemente yo me encontraba allí. Y por último y eso fue lo que te traicionó aún más, fue decirme que habían asesinado a Nora en mi apartamento del hotel. Dun no pudo telefonearte, ya que me estaba siguiendo los pasos, con objeto que no me sucediera nada. ¿Comprendes? Fue Wilma la que dio el encargo por orden mía. Después de esto voy...

Morgan no le dejó terminar. Lanzo el pie contra la mesa y ésta se vino al suelo. Gale rodó con ella mientras él sacaba la automática. Disparó errando por milímetros. Volvió a hacerlo, pero ya Gale se había desembarazado de la mesa, y tenía la «*Parabellum*» en la mano.

Acto seguido, y no deseando convertirse tan pronto en fiambre, le metió un balazo en la cabeza. Morgan se desplomó sin un quejido, y Gale se levantó jadeando.

Miró los papeles esparcidos por el suelo, la volcada mesa, la

sangre de Morgan que goteaba lentamente sobre el maderamen del suelo y se volvió hacia la puerta.

O'Connor... ¿Dónde estaba Tim O'Connor?

Era el penúltimo de la lista, ya que Martinelli tenía que ser forzosamente el último, el que cerrara el broche de aquella lista.

Gale avanzó hacia la calle. Llegó a la acera y vio el fogonazo. La bala pasó por debajo del ala de su sombrero, le arañó la mejilla y se aplastó contra el hormigón de la pared de la casa.

La segunda hizo lo propio, porque Gale estaba rodando por el suelo, mientras que los transeúntes, escasos a aquellas horas corrían alocados apartándose de él, y de la figura de O'Connor, que encorvado, avanzaba en línea recta sin dejar de disparar.

Gale dejó de moverse cuando O'Connor efectuó el quinto disparo. El sexto no llegó a salir nunca de su «Luger». La «*Parabellum*» soltó un taponazo cuando Gale apretó el gatillo y Tim O'Connor cayó como un saco en medio de la calle, donde a ambos extremos, el tráfico se había detenido.

No se detuvo a observar la eficacia de su disparo... Tenía prisa, mucha prisa, y no por alejarse de aquel lugar, sino por encontrarse con Wilma, a la que seguirían atormentando.

Entre los gritos de la gente y el silbido de los pitos de la policía Gale corrió como un gamo hacia la próxima esquina. Desapareció por ella con la misma velocidad que un satélite artificial, y por espacio de más de un cuarto de hora estuvo dando vueltas y más vueltas hasta que se detuvo jadeante, lejos de todo bullicio.

Se metió en un portal, y permaneció en él hasta que su respiración se normalizó un tanto. Entonces tomó un taxi, y dio una dirección.

CAPÍTULO XV

Gale lo abandonó en la misma puerta del Departamento Central del

F. B. I.

Había tres agentes de paisano en la puerta cuando se acercó. Fue a entrar y uno de ellos le impidió el paso mientras los otros dos le miraban atentamente.

—¿A dónde va, amigo?

Gale sonrió mientras sus ojos, por primera vez en mucho tiempo se mostraban risueños.

—Dentro, deseo hablar con el inspector jefe Derrill.

—Tendrá que volver en otro momento. El inspector Derrill está muy ocupado en estos momentos.

Gale volvió a sonreír.

—Me llamo Duff Gale —dijo—. Y soy agente especial del...

—¡Cáscaras! ¿Y por qué no lo dijo antes? Pase, creo que se alegrarán de verle.

Pero Gale no lo hizo, al menos por el momento. Antes soltó una pregunta.

—¿Quién es la visita que entretiene al inspector?

El agente que le había abordado silbó en tono bajo.

—Todo un bombón, compañero —dijo—. Pero más terca que una mula. Hace más de tres horas que no dice nada más que: «Yo no sé nada». «No se cansen», «No sé nada». ¿Usted lo comprende, Gale?

No respondió. Saludó con la mano, y dos minutos más tarde estaba frente a una de las puertas situadas a ambos lados de un largo pasillo.

Llamó con los nudillos. Una voz desabrida le dio permiso para entrar, y lo hizo en el acto.

—He dicho que no se me mo... ¡Diablos! ¿Quién es usted? ¡Ya! Usted es Gale. Pase y déjese ver, hombre.

Gale avanzó unos pasos mientras el rostro duro y seco del inspector Derrill se iluminaba con una sonrisa. Después se estrecharon las manos, y Gale clavó los ojos en la figura de Wilma.

Estaba sentada como si tal cosa. Como si todo aquello no fuera con ella. Con los ojos entornados, mirándole a él, y con sus hermosas piernas de tal manera que Gale se echó a sudar en el acto, aunque al parecer al inspector Derrill no le hacía mella alguna.

Pero había alguien más. Dos agentes de paisano, y Martinelli padre, con las manillas puestas. Gale le miró pensando que el F. B. I.

se había movido aprisa.

Wilma abrió del todo los ojos, y se puso en pie.

—Querido —dijo fríamente—. ¿Quieres decirle a esta gente que yo no tengo nada que ver con ese diabólico diamante? Estoy harta de repetir lo mismo y no me creen.

Derrill miró a Gale y luego a la muchacha.

—¿Qué sabe de esto, Gale? —preguntó.

—Es cierto lo que ella dice —inspector—. Cierto que ha podido averiguar algunas cosas durante su estancia en el gimnasio, y también por mediación de su amiga Nora Latimer. Como, por ejemplo, las relaciones que unían a Nora con Martinelli. Pero eran cosas de poca monta. Puede soltarla.

Wilma le miraba como aquel que ve visiones. Avanzó un paso, y continuó tuteándole:

—Y ahora, ¿quieres decirme quién diablos eres tú?

Gale sonriendo la apartó a un lado.

—Te lo contaré después, dulzura —dijo tuteándola también, dicho lo cual se encaró con Derrill—. Veo que se ha movido aprisa, inspector —y miró a Rocco, que era uno de los agentes de paisano—. A usted también debo felicitarle —añadió— y pedirle disculpas si cuando me detuvo no le dije cuál era mi verdadera personalidad. Ahora creo que ya la sabe, ¿no?

Rocco era un hombre de unos cincuenta y cinco años, de ojos negros y pelo blanco, y que aún se conservaba fuerte.

—Sí, ahora lo sé, y también comprendo los motivos que tuvieron ustedes para callar. No le guardo rencor por ello. Al contrario, debo felicitarle. Pocos son los hombres que se avienen a pasarse cuatro años en prisión, con el solo objeto de descubrir una banda de

salteadores. ¿Quién era o es el jefe, míster Gale? Martinelli, ¿verdad?

El joven asintió con la cabeza mientras Wilma agrandaba los ojos mirándole como si se tratara de un bicho raro.

—Es mentira. Yo no soy un asesino. Ten... tendrán que probar esa acusación. Quiero llamar a mi abogado. Esto... esto es inaudito. Es un atropello.

Gale no replicó. Se limitó a obrar. Lentamente sacó la carta de Dora y le tendió a Derrill.

—Léala, inspector. Creo que con eso hay bastante para mandar a míster Martinelli a la silla.

Éste hizo un brusco movimiento, abalanzándose contra Gale. Rocco y el otro agente le sujetaron obligándole a sentarse en la silla, mientras Derrill, como si no hubiera ocurrido nada, empezaba a desdoblar el pliego de papel.

Empezaba a leer cuando fue interrumpido de nuevo por una llamada perentoria en la puerta. Derrill frunció el ceño y autorizó la entrada.

En el umbral apareció un agente de paisano. Antes que Derrill pudiera preguntar nada aquél dijo:

—Venga, inspector. Es algo importante.

Derrill salió dejándoles solos. Los ojos de Wilma no se apartaban del rostro de Gale. Los de Martinelli, ir poco pálido ahora, tampoco. Rocco y el agente no le perdían de vista. Pero ninguno de ellos hablaba.

Repentinamente la puerta se abrió con violencia, y todas las miradas cambiaron de dirección. Gale soltó una exclamación y se quedó de piedra mientras Martinelli intentaba levantarse de nuevo. Pero fue sujetado, e inmovilizado contra el sillón.

¡Porque en la puerta, siguiendo al inspector Derrill, estaba Joel Ricks llevando bajo el brazo una voluminosa cartera, con todas las trazas de contener documentos!

Gale se sentó. El rostro de Martinelli estaba terroso. Había adivinado el porqué de la presencia de Ricks en el Departamento Superior del

F. B. I.

—Siéntese usted.

La voz de Derrill rompió el silencio cuando éste era más denso.

Ricks obedeció también en silencio. Después de hacerlo se colocó la cartera encima del vientre y miró a Gale.

—De la «bofia», ¿no?

—Agente especial del Departamento del Tesoro, Ricks. Entré en tu banda con ánimo de descubrir quiénes eran los que movían los hilos de todo el tinglado. Con el mismo ánimo me pasé cuatro años en la cárcel. Allí había varios miembros a los que logré sonsacar muchas cosas interesantes. ¿A qué has venido, Ricks?

Ricks no replicó. Se limitó a abrir la cartera. Después miró a Derrill en espera de la primera pregunta:

—¿Es usted verdaderamente Joel Ricks, jefe de una banda de atracadores, dedicada única y exclusivamente al robo de joyas?

—Sí, yo soy Joel Ricks, inspector. ¿Sabe por qué estoy aquí? Por culpa de una mujer. Yo la crié desde que era niña. Y la mataron. La mataron los mismos a quienes alimenté. Sólo por un delito, porque se enamoró de Duff Gale, cuando yo la había mandado a su hotel para que le vigilara, y por orden de míster Martinelli aquí presente, el cual tenía miedo de que él recordara súbitamente dónde había dejado el diamante el día que le detuvieron.

»Gale representaba un peligro para él, si lograba recordar. Preguntaría por el diamante, ataría cabos, y un expresidiario, cuando se trata de doscientos mil dólares es capaz de todo... Claro que ninguno sabíamos que era del

F. B. I.,

o como quiera que se les llama a ustedes.

»Sí, yo soy Joel Ricks, el hombre que ha estado jugando con ustedes todos estos años —repitió—. Y hubiera jugado mucho más, de no haber sido por el asesinato de esa chica. ¡Esa bestia asquerosa! ¡Quiero que le cojan, inspector! No me importa lo que pueda ocurrirme a mí. Pero quiero que los demás sean enchiquerados también. Vea —y sacó un montón de papeles del interior de la cartera, que entregó a Derrill—. Hay nombres y apellidos de todos cuantos colaboraron conmigo en los últimos años, hasta la fecha. Casas donde míster Martinelli vendía las piedras preciosas, nombres de los agentes extranjeros. En fin, todo cuanto puedan desear. Incluso un par de libros en los cuales llevo la contabilidad, de todo cuanto he ganado desde un principio hasta ahora».

Ricks continuó hablando sin interrupción por espacio de un par de horas. Al terminar se encaró a Gala y dijo:

—No te guardo rencor por el engaño, Duff —calló, miró ahora a Martinelli que daba la impresión que el mundo había caído sobre él y añadió—: Gale representaba un peligro por lo del diamante, pero también es verdad que usted necesitaba una cabeza de turco, para endosarle los crímenes que se cometieron por orden suya, míster Martinelli. Y estoy dispuesto a jurar esto delante del tribunal que me juzgue.

No habló más. Salió erguido, tieso, sin una sola vacilación, por delante de Martinelli, que era sostenido a duras penas por Rocco y el agente de paisano.

Gale le vio marchar y le agradeció que no hubiera hecho mención a que él le aconsejó que abandonara Chicago. Lo había hecho, y no estaba arrepentido de ello. Ricks era un ladrón, un *gángster*, pero era bien verdad que jamás cometió un delito de sangre. Por otra parte, el dolor sincero de él, cuando se enteró de la muerte de Nora, había pesado bastante en su ánimo.

Cierto que no se podía ser sentimental tratándose de delincuentes, pero él no tenía la culpa de ser demasiado humano algunas veces.

Miró a Derrill que le miraba a su vez, pero no quiso mirar a Wilma.

—Creo que debo felicitarle, Gale —dijo.

—Gracias, inspector.

—No tiene por qué darlas. Yo mismo, Gale, no hubiera sido capaz de llevar a cabo esta labor, al menos con un éxito tan rotundo —y miró los papeles y la cartera de Ricks, para luego dirigir los ojos a la silenciosa Wilma—. Sepa una cosa, *miss* Porter. Duff Gale se pasó más de seis meses recorriendo los bajos fondos de Chicago, mezclado con toda clase de delincuentes, antes de alistarse a las órdenes de Joel Ricks. Después, cuatro años en presidio, alternando con la hez del «gansterismo». En fin, no les molesto más. Pueden irse —miró a Gale y añadió—: Espero poderle conceder un mes o dos de permiso, Gale. Se lo merece. Se estrecharon las manos, y Gale salió llevando a Wilma colgada de su brazo, sin que él se lo hubiera indicado previamente.

Ya en la calle, la muchacha preguntó:

—¿A dónde vamos?

—A emborracharnos, querida.

Salieron de aquel club y fueron a otro. Los «Manhattan» y los «Martinis» estaban a la orden del día.

A las tres de la mañana, Wilma cantaba a voz en grito en pleno Parque Lincoln, mientras Gale hacía equilibrios intentando subirse a una de las farolas del alumbrado.

No lo consiguió. Por tanto, siguieron la juerga un rato más, y luego tomaron un taxi, después de haberse puesto previamente de acuerdo. Pero fue mucho más tarde, sobre las doce del mediodía siguiente, cuando Gale abrió los ojos.

No tardó ni tres minutos en darse cuenta de que se encontraba en el dormitorio de su propio apartamento. Se sentó en la cama sintiendo la boca reseca, y miró en, torno.

Dio un respingo más que regular. Wilma, con una vaporosa «negligée» de nylon estaba acostada en el «living», encima del sofá, que él veía desde allí por tener la puerta completamente abierta.

Se levantó, y dando traspiés se acercó. La zarandeo de un brazo sin muchos miramientos, y ella se desperezó como una gatita. Luego abrió un ojo y finalmente otro. Después se sentó en el sofá.

—Hola, querido —dijo—. Buenos días. ¿Qué tal te sientes?

Gale no la quitaba ojo de encima. No contestó a ninguna de sus palabras, pero soltó una pregunta:

—¿Qué ha pasado, Wilma?

Ella soltó una carcajada.

—¡Pero, amor! —dijo—. ¡Que olvidadizo eres!

—¿Qué quieres decir?

—Nada, encanto. Simplemente que nos casamos... anoche.

Gale soltó un respingo sintiendo que todo el apartamento le daba vueltas.

—¿Qué nos casamos?

—¡Claro, cielín! Fue algo después que intentaras subirte a aquella farola. Y de lo más divertido. Dudo de que ninguna chica haya tenido una boda como la mía. El juez no quería casarnos. ¿Recuerdas, vida? ¿Y tú tuviste que amenazarle con la pistola?

Gale experimentó la impresión que el apartamento se hundía.

—¿Qué yo...?

—Sí, querido. Pero dejemos eso, ya que tengo que hacer mi

primera queja de casada —señaló con un dedo el sofá en que se sentaba—. Creo que no está bien que me obligues a dormir en el sofá, Duff. Ayer lo hiciste. ¿Es que no te gusta tu esposa, gatito?

Gale la miró con gesto torvo y luego soltó una maldición. Wilma se tapó los oídos con gesto cómico. Cuando vio que él no decía nada más, apartó las manos de éstos y le miró.

—Está bien, tú ganas, Wilma —replicó Gale—. A partir de esta noche yo seré el que duerma en el sofá.

—¡Duff, querido mío! ¡Eres sencillamente decepcionante!

Y le echó los brazos al cuello. Ahora Gale tuvo la certeza de que era verdad que el apartamento, incluso el mundo entero se hundía bajo sus pies.

FIN

Clark Carrados
YO, EL JUEZ

Una intriga llena de emoción,
una acción trepidante...



Aparecerá la próxima semana
en esta colección

Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION HISTORIAS

Libros clásicos
del mundo
juvenil



precio:
30 ptas.

280 ilustraciones en
cada volumen.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**La radio es una
distracción apasionante
y una buena fuente
de ingresos**

TECNICA AL DIA



**Montajes
Reparaciones
Transistores
Frecuencia modulada
Alta fidelidad**

**Escritos por el conocido radiotécnico
R. J. de Darkness**

**La mejor biblioteca práctica
sobre radio, TV y cine sonoro**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



CRIMEN S. R.

211 crímenes impunes en diez años

LA MAFIA

Una horrendad del mal, extendida a todo el mundo

ANTOLOGÍA DEL CRIMEN

Los más famosos crímenes de nuestra época

EL MEN

Anécdotas de los agentes del Departamento del Tesoro

EL MUNDO DEL DELITO

Una enciclopedia de "casos" célebres

EL LIBRO NEGRO DEL CRIMEN

Historia de la criminalidad en el mundo

HOLLYWOOD ES MAFIA

Memorias del jefe de Policía de Hollywood

LOS AÑOS SIN LEY

La historia de los "gangsters" de Chicago

**CÍRCULO
ROJO**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

LLUVIA DE ESTRELLAS



Tab Hunter

N.º 1439

Conocimos a este actor norteamericano en la película «La isla del deseo». Posteriormente le hemos visto en «Más allá de las lagunas», «Amor y guerras», «El salario de la violeta», etcétera. Nació en Nueva York en 1931.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

